

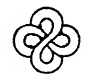
LA TÚNICA DE SOL

Tip. El Anuario.—Diputación, 344.—F. Granada y C.ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE*)*

Biblioteca de Autores Americanos

Luis María Jordán

LA TÚNICA DE SOL



F. GRANADA Y C.ª, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS
RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS
1.ª DEL RELOX, 1
MEXICO

ÍNDICE

A mis Padres

A Alberto B. Jordán

omenaje de gratitud y cariño

L. M. J.

DOS PALABRAS

Muchos novelistas han debutado con un libro de versos. Y después del ejemplo de Daudet, Maupassant, Villiers de l'Isle Adam, y otros, ese natural impulso del espíritu hubo de convertirse en moda. El autor de este volumen no la ha seguido, prefiriendo presentarse con un libro de cuentos. ¡Un libro de cuentos! Hermoso género y tan cultivado, que al abrir los ejemplares oliendo á tinta fresca, nos preguntamos siempre qué puede aún inventarse. En las literaturas de los países viejos, como la de Francia, desde los fabliaux *hasta Lafontaine, y desde Lafontaine hasta Samain; en la de los jóvenes, como la de los Estados Unidos, desde Poe hasta Morrow y Mark Twain; en la nuestra española, desde los del* Conde Lucanor, *de don Juan Manuel, hasta Patricio de la Escosura y Rubén Darío, cuánta variedad en el género. Añádanse á los cuentos persas, milesios, jónicos, los trabajos recientes de Madrus y de Maspe-*

ro, mostrándonos en toda la riqueza de sus detalles los árabes y los egipcios. Y no hablando sino de lo moderno, Wilde, Kipling, Wells, Nodier, Halevy, Arène, Silvestre, France, Villiers, Maupassant, Queirós, Valera, Alas, Sudermann, Verga, Mendès, Tolstoi, Gorki, y cien otros, ¡con qué diversidad de perfumes y de matices, han hecho un armonioso mosaico, el más atrayente de la literatura contemporánea! Un cuento es la difícil forma condensada de una novela. La pluma, en él, gana en nerviosidad y rapidez, lo que pierde en amplitud, y en un momento de inspiración, fija más gráficamente lo sentido y pensado. Resulta la gota de agua que puede encerrar el iris. Y con las que andan dispersas por el mundo, se formará quizá alguna vez (lo que sería materia de un serio estudio impropio de estas rápidas líneas) una epopeya del pensamiento literario en el siglo pasado. En tanto, el joven escritor Luis María Jordán ha hincado el diente al género, y ha hecho bien, puesto que posee, no sólo la buena voluntad que Salamanca acuerda, sino el talento, lotería amable de la Naturaleza.

La conducta de nuestro público podía, sin embargo, no haberle alentado. Por ahí anda un libro de otro joven, Horacio Quiroga, lleno de bellas cosas, que casi nadie ha leído; y el

último volumen de Lugones, que tiene entre varias joyas una Estatua de Sal *que honra á la literatura de habla española, ha pasado casi en silencio. Estos cuentos, que empiezan con la evocación de una Túnica de Sol, y acaban con las bodas de Psiquis, son de esencia puramente imaginativa. Aun cuando la materia, como en el caso de «Buenos días, su señoría...», encierre un dolor íntimo, predomina siempre el golpe de ala, que trae de los jardines y de los cielos su perfume de flores y su luz de estrellas. Jordán ha escrito acariciado por sus propias ideas; á menudo, con el placer de quien siente que una vez bien alojadas en las letras, salen á la ventana á mandar un beso al autor, que se va en busca de nuevas sensaciones. Y sus cuentos vibran con la realidad que la imaginación alucinada comunica á las cosas, y que vale tanto como la otra. La célebre fórmula de Descartes:* pienso, luego soy, *debe en literatura hacerse general: está pensando, luego es. Y existen por tanto las hadas, desde las de Spencer con alas hasta las de Mendès con corsé y polvos de arroz; y bailan los Elfos de Leconte de Lisle hasta sobre los luises de los Rothschilds, si el cajero está enamorado: y ni la biología, ni la psicología experimental, ni los laboratorios harán que muchas gentes capaces de concretar leyes*

ó de construir sistemas, si se dedicaran, dejen de creer en un jardín fantástico donde las flores refulgen como estrellas, y las estrellas bajan en forma de luciérnagas á perfumarse entre las flores. Pasteur es el inmortal Pasteur que conocemos, porque, como buen hijo de Galia, vió quizá en las coloraciones de sus cultivos un destello de los milagros de la Rama de Oro. Edison ha encendido la lámpara de Aladino con electricidad porque debe creer en Urganda la Desconocida, y seguirá siendo por eso mismo el brujo de Menlo-Park; y es muy posible que Roentgen se haya quedado en la casualidad que le dió los Rayos X, por carecer del lente azul que resucita á los viejos gnomos en el fondo de las retortas. Ya los griegos, duchos en artes y ciencias, almorzaban con Aristóteles y comían con Anacreonte, para tener buenos sueños, en el sueño de la noche, que simula el de la muerte. Y si no, ¿no invocaba Melantho á Venus antes de demostrar las propiedades del triángulo? Dejemos que los poetas vivan y sueñen, y nos encanten con sus sueños, y creamos en lo que nos dicen. El lector y la crítica tienen tan sólo el derecho de pedir, que sea de armonía y de luz, el frasco de las mentiras maravillosas. Por eso los cuentos que van á leerse, vibran tanto como los tomados del natural, con el

método de los cuadernos que Daudet rindió célebre. Y diremos, de paso, que sería curioso estudiar, si hoy no han envejecido un poco esos cuentos del Lunes. Es muy posible que estén más vivos y más frescos los de *Les Amoureuses*, por ejemplo, cuando hablan los ruiseñores, que aquellos en que el chico grita: ¡Ha muerto el Papa!; ó el turco murmura: *Bono, bono, francese*; porque su belleza es más pura, y las alas incorruptibles se hacen de luminosas transparencias.

Y todo esto, que podría empezar á apartarnos de nuestro objeto, es para concluir en una aseveración: quien ha escrito este volumen es un temperamento. En las más deficientes de sus páginas, aun en aquellas en que se ve más una mano de muchacho, hay siempre una sensación, una imagen, una idea salvadora. El autor revela, sin esfuerzo, gran savia, presta á transformarse en hojas, para atraer el cielo azul y brindar al viento una armonía. Demuestra, además, instinto de artista, cazando á menudo al vuelo, el detalle pintoresco que realza un conjunto. Pinta así, por ejemplo, la noche de un cementerio incásico. El protagonista requiere de amores á su compañera. A la quena del indio sucede la flauta de Pan; y el toque es rápido, y la imaginación mira agrandarse el cuadro al influjo del con-

traste, entre la caña del cristal, en cuyas notas el sol ilumina, y el hueso humano y melancólico, en cuyo són canta la luna. Estos rasgos abundan, y es fácil deducir que en las entrañas del volumen se agita el manantial de una mente de poeta. Y he ahí lo necesario para llegar un día á ilustre altura. No hay gran novelista sin ese distintivo: dramático con acentos épicos en D'Aurevilly, épico en Zola, lírico en D'Annunzio. Y el dón de la poesía, el joven Jordán trata de plasmarlo con dedos de artífice. Se siente en su pluma el cuidado alerta de perseguir una bella forma; y eso, que significa una comprensión, es el principio de un futuro triunfo, puesto que en la literatura las cosas no viven sino por el estilo. He aquí, pues, un nuevo soldado que se alinea en los rangos. A semejanza de uno de sus personajes, trae en el corazón una paloma y en el espíritu un ruiseñor, y habría que saludarlo, después de pedir, como los atenienses á su diosa, que no se diga palabra que no tenga la miel de la gracia. Es joven, hasta haber creído con afectuoso candor que podríamos servirle de padrino, sin pensar que nuestros atrios literarios no son un lugar siempre amable, y que más de un cejijunto lector puede encontrarnos sin pelo. Pero vaya nuestro aplauso, si ha de causarle un placer, so-

nante ya que no armonioso, con el deseo de que perdure en el amor de la Belleza y que ni el incienso lo perturbe ni la crítica lo amilane. Estudie sin cesar, y consciente de su fuerza, con la simplicidad del verdadero mérito, cincele obras en el altivo silencio, lèjos de cofradías bullangueras, y esa Túnica de Sol *con que hoy abre su vida de hombre de letras, es posible de que las hadas de que hablábamos hace un instante, la pongan al fin sobre sus hombros como una realidad de gloria.*

ANGEL DE ESTRADA (hijo)

LA TÚNICA DE SOL

2

La Túnica de Sol

Los ministros, los chambelanes, las damas de honor y hasta el pequeño paje rubio predilecto de la reina madre, contaban á la princesa, durante las animadas reuniones palaciegas, algún nuevo detalle de la locura de Juanillo.

¡Pobre Juanillo! Nadie sabía cuándo, nadie sabía cómo perdió su razón y todos le veían pasar por debajo de los balcones reales, soñador y pensativo, semejante á la envoltura inútil de una inteligencia ausente, sin que pudieran explicarse la causa desconocida de su mal. ¿Sería el amor? ¿Sería el hambre? ¿Sería tal vez la persecución de un ideal intangible? ¡Quién sabe! pero es lo cierto que Juanillo reía sin motivo, hasta desternillarse, de los asuntos más serios y lleno de voluptuosa satisfacción hilvanaba frases sin sentido, como si se deleitase con el ritmo de sus discursos disparatados.

Algunos decían que le había hechizado una bruja de un país oriental; otros—y estos no eran menos sensatos,—pensaban que Dios le castigaba por mantener relaciones con Satán y no hubo quien dejara de creer que aquel alquimista venido al palacio desde Italia, para preparar venenos, le dió algún vino mezclado con raíces de plantas exóticas, produciéndole la pérdida inmediata de su razón...

La princesita oía estos cuentos con visible curiosidad (¡ah! es que la princesita era muy buena y se interesaba por el dolor ajeno) y muchas veces, mientras el pequeño paje rubio, predilecto de la reina madre, le refería algún nuevo detalle de la locura que tanto la hacía sufrir, sintió por su mejilla de sangre azul, una gotita de agua tibia y cristalina, una tibia y cristalina gotita de agua, casi tan pura como los pensamientos de su alma seráfica.

Ella hubiera dado, sin titubear, sus ricos zapatitos de raso rojo, ó el pez más azul de su piscina, ó la muñeca de porcelana que le regalara su primo, el duque, á quien devolviese la inteligencia á Juanillo, pero á pesar de sus fervientes votos, la inteligencia del enfermo no volvía, ni su rostro dejaba un solo instante de contraerse con las eternas muecas inútiles.

¿Qué hacer? Dios no quería escuchar sus rogaciones. ¿Por qué? ¿Dios también era

malo? No; Dios no era malo; no podía serlo con ella que de rodillas, en su lecho de encajes, elevaba sus plegarias todas las noches. ¡Ah! quizá su poder oculto hacía expiar en Juanillo un crimen ignorado de su pueblo. Y así se explicaba la aparente injusticia del castigo, y en sus místicos devaneos veía en el pobre enfermo á un redentor inconsciente, pero real, del pecado. En su ilusión se magnificaba. Y era una especie de Cristo involuntario y loco, salvador de los hombres. No penetraba en la grandeza de su obra, pero alguna vez presentándose ante el tribunal de los finales juicios podría decir al Padre Todopoderoso: «¡Señor: hase cumplido en la tierra tu voluntad por mi intermedio. Toma mi alma; vuélvele su razón con tu sagrado Verbo, y no me abandone tu inmenso amor, ahora que más lo necesito!»

Así pasaban los días, melancólicos ó alegres para la princesa, indiferentes para el espíritu casi muerto de Juanillo, y deliciosos para los sensuales cortesanos, que se reunían en los salones del castillo real, atraídos por el esplendor de las fiestas palaciegas.

En una de esas noches—la historia ha creído inútil precisarla,—alguno de los cortesanos dijo á la bella princesa: «¿No lo sabes? Juanillo escala las rejas laterales del palacio, y

cuando reina el meridiano sol se oculta entre el follaje de una de las glorietas, y ejecuta misteriosos encantamientos de magia».

Entonces el pequeño paje rubio hizo á todos los cortesanos la revelación de los ridículos y maravillosos caprichos del loco. Era cierto; el enfermo subía á la indicada glorieta, «pero sus encantamientos apenas se reducen —no os riáis, nobles señores, que así lo afirma Juanillo—á tratar de adornarse las espaldas con rayos de sol tejidos en una túnica de oro».

Al estupendo cuento respondió el eco de una coral carcajada. A los cortesanos les divertía la ocurrencia, y rieron aún más al observar que el Rey festejaba la gracia escanciando copas de Chipre á la salud de su pequeño súbdito enfermo. Sólo la princesa permaneció muda y acongojada ante el relato del paje rubio, y de sus ojos brotó una gotita de agua tibia y cristalina, una tibia y cristalina gotita de agua, casi tan triste como los pensamientos de su alma seráfica.

Al día siguiente, desde las primeras horas de la mañana, sentada en uno de los balcones laterales del palacio, esperó con impaciente angustia el instante en que Juanillo acudiese. Desde allí dominaba el natural gabinete rústico en donde ensayaba el loco sus imposibles

quimeras. Y á mediodía, bajo un sol que caldeaba la tierra con el oro de sus rayos, lo vió transponer las rejas de la mansión real. Agil, casi etéreo, huía como sombra desprendida del objeto que la produce, á ocultarse en el misterioso recinto de la glorieta. Alucinado como un sonámbulo, cantó y disparató de mil maneras. Los rayos de sol besaban á sus pies la hojarasca reseca. Cuando miraba esos hilos de luz, sus cantares se enardecían. Después, sin callar, empezó la caza fantástica de las áureas luces, trayendo un rayo hacia otro, aprisionado momentos antes, en sitio que su sentido ausente creía seguro. Y sus manos pálidas y delgadas, manos de cera, forjaban en el aire encajes inconsútiles de túnicas intangibles, ante los ojos asombrados y llorosos de la princesa. ¡Ah! cómo sufría la pobre criatura ante la dificultad de la quimera irrealizable...

Y arrodillada esa noche sobre los cojines de oro de su lecho, que le hicieron también pensar en la locura de Juanillo, elevó al cielo una plegaria, traducción verbal de todas sus angustias, para que el Señor se conmoviera devolviéndole el juicio. Pero fué inútil; el enfermo continuó empeñado en tejerse su túnica de sol.

Entonces la princesita imaginó el más do-

loroso de los sacrificios. Una tarde, en su alcoba, frente al rico espejo de Venecia, tomó su opulenta cabellera rubia (porque la princesita era blonda, lector) y se la cortó de un solo tijeretazo. Y esa noche para ocultar al Rey, su padre, la magnitud de su estéril sacrificio, no se presentó en el salón de las fiestas. Y mientras los cortesanos preguntaban por ella y el pequeño paje rubio contaba historias de amor á las damas de pelucas empolvadas, la princesita transponía las sombras del jardín dirigiéndose á la glorieta, para alfombrar con el oro asedado de sus cabellos la tierra otrora tapizada de hojas secas.

Al siguiente día, cuando Juanillo llegó á su gabinete rústico, se puso á tejer, con los rayos de sol caídos en el suelo, la anhelada túnica de oro; pero, al palpar los hilos luminosos y verdaderos, su emoción fué tan honda que su inteligencia repentinamente le volvió al cerebro, atraída por la materialidad del ensueño comenzado á realizarse.

Entonces, avergonzándose de sus locuras anteriores y levantando las manos al cielo agradeció á Dios la devolución de sus sentidos; pero cuando quiso hincarse ante los cabellos que acababa de tocar, una voz desconocida, autoritaria, á pesar de su dulzura, murmuró cerca:

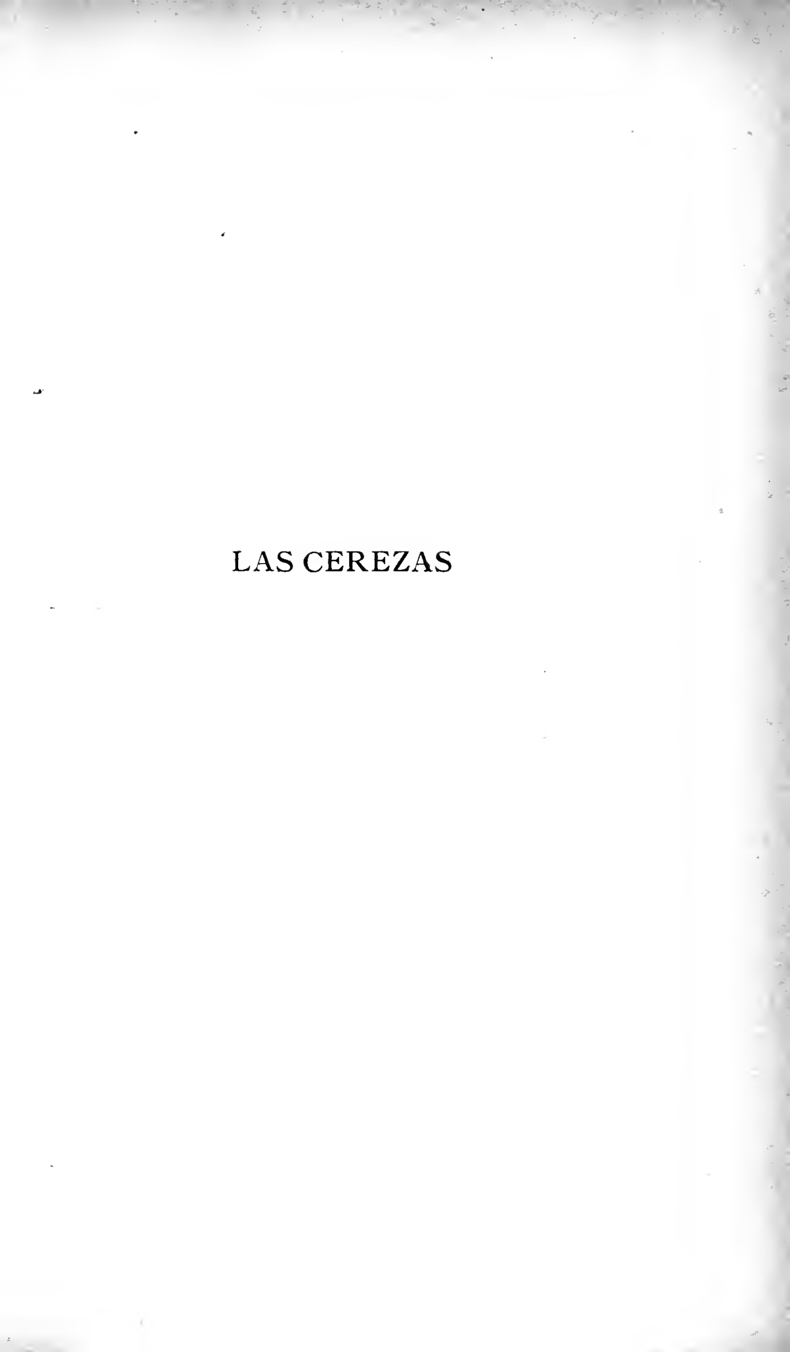
—¡Levantáos!

Y Juanillo se levantó, en efecto, y vió delante á la princesita que llevaba en la cabeza una impla de terciopelo negro, para ocultar la vergüenza de su tonsura, con un pedazo magnífico de noche.

Quiso prosternarse ante ella y ella protestó indignada:

—Príncipe, vos no debéis inclinar jamás vuestra frente altiva.

Y Juanillo, en el acto comprendió su destino y adivinó que iba á ser rey dentro de poco tiempo, pero no pudo sospechar que sus vasallos le llamarían el Rey-Loco y á su joven esposa la Reina-Buena.



LAS CEREZAS

Las cerezas

Hoy te contaré, Rosaura, porqué cada vez que miro tus cerezos se me llenan de lágrimas los ojos, y te diré la historia de aquel viaje imposible que tú apenas sabes y que yo realicé en compañía de un buen desconocido, encantador y brujo, como los personajes de ciertas leyendas...

Caminaba una noche, hace ya muchísimos años, ritmando mis devaneos de adolescente con la claridad de la luna, cuando de pronto, al doblar un sendero, vi aparecer á un hombre anciano y encorvado que me llamó por señas. Acerquéme sin recelo confiando en la benevolencia de su mirada que, á través de las cejas blancas é hirsutas, adiviné paternal.

—Niño—murmuró el viejo con su inolvidable voz sonora;—ven conmigo hacia las comarcas remotas en donde genios incorpóreos forjan cuentos de hadas.

Y al mismo tiempo que su voz penetraba

en mis oídos como una armoniosa vibración de plata, me sentí envuelto en un denso velo aéreo que paralizó mis movimientos. Entonces el anacoreta, tomándome de la mano, comenzó á caminar conmigo por el jardín que se inmaterializaba á nuestro paso. A los pocos instantes, en ascensión insólita, vagábamos por los espacios siderales entre mundos de estrellas. Subimos... subimos... hasta que una mañana magnífica el anciano me dijo con voz dulce:

—Hijo mío, vamos á descansar á un palacio solitario en donde, desde hace muchos años, no se ha aventurado criatura humana. Yo te enseñaré el secreto de su silencio trágico y te contaré historias inefables.

Y al poco rato de camino apareció en el horizonte una ciudad soberbia, y en su centro, dominándola desde un montículo, un palacio enorme y antiguo de estilo extraño.

—Esta ciudad—continuó el anciano—es Ctisifonte, hoy desaparecida, pero que tú puedes contemplar gracias á la potencia de mis encantamientos. Como Madain, está situada á la margen derecha del Tigris, cerca de Seleusis y fué durante muchos años la residencia de los reyes partos que más tarde dominaron la Hircania, la Persia, la Babilonia y la Asiria... Aquel palacio, con cúpulas de

ónice y escalinatas de pórfido, fué la mansión veraniega de Arsaces, el más célebre de los reyes rebeldes.

—¡Señor, tengo miedo!—grité estupefacto sin comprender bien lo que el anciano me decía; pero él, acariciándome las mejillas, continuó avanzando. Subimos las escalinatas, atravesamos varios parques entrecortados por viveros de caprichosas formas y llegamos hasta una puerta de ébano, incrustada de oro, que mi guía abrió al conjuro de no sé qué palabra. Y nos encontramos de pronto en un fantástico jardín lleno de objetos magníficos no contemplados jamás por mis ojos.

El anciano me explicaba todo como si él mismo lo hubiera hecho y su palabra iluminaba las cosas volviéndolas á la vida desde su remotísima muerte. Y yo vi en el parque los encantamientos de la tierra reunidos por la potencia mágica de un genio invisible. Allí había plantas traídas desde las riberas del Asfaltites y cargadas con limones de oro; cerezas de Madain, grandes como el corazón de un adolescente, cedros del Líbano, ofreciendo hospitalarias sombras. Y, además, en los diversos caminos del jardín, mis ojos observaron infinitud de animales desconocidos.

—Aquéllos—me decía el mago—son búfalos negros cuya piel es amada por las hetai-

ras; éstos son los basiliscos color violeta que las vírgenes enroscan alrededor de su cintura para encender concupiscencias; éstas son palomas azules que nacen bajo el cielo rojo de la isla Elefantina; aquel otro—ejemplar rarísimo—es un unicornio con cabeza de púrpura, piel iridescente y pupilas de ágata.

Yo miraba el cuadro con estupefacción indefinible. En una fuente surtida por el Bragadas y llevada desde Zama, en tiempos de la dominación númida, bullía el líquido melificador de la voz humana. En el parque, sobre tapetes de terciopelo rojo con flecos de amatista, los pavones hacían rueda ante las panteras negras y los blancos cinocéfalos del Yemen. Y más allá, asomando su hocico á las puertas de las cavernas perfumadas de incienso, los leopardos miraban indiferentes á los toros de cuernos de plata y pezuñas ebúrneas.

En el suelo, en pequeños tapices de Nínive ó en carpetas tejidas por mercaderes de Sidón, estaban desparramadas al descuido perlas de Golconda, diamantes de Ormuz, berilos de la India, y ópalos, esmeraldas, rubíes, piedras de diversos países y de distintos tamaños.

El anciano me mostró, además, entre otras curiosidades, un rosal antiquísimo traído de Babilonia por un eunuco, y que había floreci-

do en su país natal sobre la cúpula del observatorio. Pero lo que más me admiró en aquel palacio, fué una planta enorme y frondosa, cuyos frutos de púrpura semejaban heridas cruentas. Y el anciano, comprendiendo mi curiosidad, me conversó en voz baja:

—En esta mansión—tú ya lo sabes, hijo mío—vivió Arsaces, el rey de los partos: su mujer, Besibda, le amaba hasta el delirio con ese amor que sólo pudieron concebir las almas primitivas. Un día, el favorito del monarca, temiendo que la reina le arrebatase su dominio, entró en negociaciones con un anacoreta de Tiro, sacerdote del templo de Melkartes y obtuvo que éste, en cambio de trescientos sacos de oro y dos mil bueyes blancos, le enseñara el más espantoso de los encantamientos.

Una tarde, mientras la reina paseaba por estos jardines, el favorito hizo en el aire unos signos terribles y arrojó sobre ella una lluvia tenue de finísimo polvo. Instantáneamente la reina se transformó en aquella planta de cereza.

Volvimos á mirar los dos el frútice que se alzaba dominando la terraza y mi guía continuó diciendo:

—El rey no supo jamás la causa de la desaparición de Besibda, y para hacer menos an-

gustiosa la ausencia de una compañera tan amada, abandonó á Ctisifonte durante mucho tiempo. Sin embargo, todos los años, el día del aniversario, venía á humedecer con su llanto estos jardines. Y el árbol, en cuyo tronco palpitaba un corazón que no podía manifestar su pena, llenábase de frutos rojos—verdaderas lágrimas de sangre—con que la esposa respondía al llanto del esposo. Y todavía hoy, después de transcurridos miles de años, esa alma de mujer lamenta su desgracia, cubriéndose de esferas rojas, si se recuerda su pasión.

Y, en efecto, el cerezo, como si expresase su dolor, por cada una de sus ramas apareció ante mis ojos completamente vestido de frutas purpúreas.

El anciano comprendió que mis sentidos se extraviaban ante tanta pena injusta y con rapidez benévola me sacó del jardín...

Después recorrimos varios mundos, de los cuales, Rosaura, te hablaré algún día, y al cabo de mucho tiempo me trajo de nuevo á este país. Por eso, bella amiga, cada vez que tus dientes muerden las cerezas, pienso que tus labios se hincan en el corazón palpitante de la reina, y por eso también—la consecuencia es justa—te pido que no las muerdas más en mi presencia.



UNA CARTA

Una carta

Señor J. K., fabricante de automóviles:

Perdonadme, señor mío, esta intromisión en vuestros asuntos comerciales, pero ellos atacan tan directamente mis creencias más profundas, que no puedo menos de hacéroslo notar.

En vuestros avisos de la prensa diaria os vanagloriáis, sin motivo, de tener un considerable número de automóviles en amplios corralones y dejáis traslucir la idea de que siendo propietario de la fuerza eléctrica, en su aplicación al movimiento, poseéis el secreto de satisfacer las modernas necesidades. Además, vos decís, estimado señor, que esos aparatos desempeñan en el comercio, en la guerra, en la locomoción y hasta en los humanos sentimientos, un rol tan importante, que yo me apresuro á desmentiros.

Estoy seguro, señor, que si en todas las

edades hubiera sido el vuestro el único medio de transporte, no deberíamos á Píndaro sus odas brillantes, ni Gerón, para que el poeta lo inmortalizara, habría triunfado en los campos de Siracusa. Tal vez algún Alfonso XIII delire con vuestras maquinarias, pero su Píndaro será, no lo dudéis, don Marcelino Menéndez y Pelayo... á quien, por otra parte, aprecio en lo que vale.

Pienso que la velocidad no ha ganado nada con vuestros instrumentos de hierro y acero. El rey del Olimpo, Júpiter, muchos siglos antes de ser vencido por el sátiro de Hugo, atravesó el Mediterráneo en un par de segundos; y, sin embargo, llevaba sobre sus lomos una carga enorme de belleza. Esto, vos lo ignorabais, señor mío, y por eso os lo enseño.

Además, mucho más veloz que vuestros «autos», fué aquel caballo alígero que condujo á un hidalgo manchego á las regiones planetarias. Su escudero casi tocó las Siete Cabrillas y hasta creo que se puso en el bolsillo una constelación desconocida... pero, no os lo asevero, señor, hago la cita de memoria.

No me parece que en las guerras sea más eficaz el auxilio de vuestros medios locomotores, y puedo garantiros que un solo elefante indio de aquellos que, según Diodoro, atacaron á Semíramis, era capaz de conducir ma-

yor número de espadas que el más poderoso de vueštros vehículos. Tampoco acepto éstos como carros de ambulancia. Si en la guerra los moribundos tuviesen facilidad para recobrar sus vidas, los combates se afeminarían. En Maratón se degollaba á los heridos y por eso cada soldado de Milcíades pudo ser un héroe.

Pienso, además, que la trepidación hace al automóvil incómodo para la marcha. En cambio el señor Pierre Louys no dice que Demetrios se fatigase, cuando magnífico de orgullo, atravesó las calles de Alejandría en la litera de la reina Berenice... Su Santidad, el Papa, cuya fragilidad de símbolo lo convierte en cristal, recorre el Vaticano en una silla gestatoria y las vírgenes chinas son conducidas por cariátides vivientes á través de los parques de Ioto. Ni él, ni ellas, echan de menos vuestros aparatos, señor fabricante.

Según vos, un viejo amigo mío, Teócrito, pudo evitar que Hipómenes arrojara á Atalante las soberbias manzanas. ¡Si él hubiera tenido un automóvil!...

Creo también poder negaros que los almohadones de vuestros carruajes sean los más blandos que se conocen. Los escabeles que vió Cedar en la corte de Nemphed eran más tibios y más suaves; por lo menos, bajo sus

tapices de piel blanca palpitaban carnes de mujeres... Los vuestros son hechos de aserrín.

En fin, señor, vos me mandaríais esta carta por medio de un chaufeur y yo os la enviaré con uno de mis pajes en cuyos ojos brilla el amor y en cuyo cinto rutila una daga. Ya veis la diferencia. Pero, á pesar de todo, perdonadme. Vos sois un rico capitalista que depositáis millones en todos los Bancos y yo soy un pobre diablo que tiene en el corazón una paloma y en el cerebro un ruiseñor.

Adiós, amigo mío.

LA ESTRELLA ROJA

La estrella roja

Caro Fulano: Para tu novia, que se llama Isabel, y que era bizca y que tenía un pequeño lunar punzó en la muñeca izquierda—muñeca blanca y redonda tal la garganta de una dogaresa—escribo este cuento, menos ardiente que las miradas de ella, cuando allá, en el castillo feudal de ***, mientras en las noches de septiembre «los otros» tocaban en el piano el preludio de Tannhäuser, te devoraba con los ojos, bajo la caricia de plenilunios triunfales.

Puede ser un cuento antiguo. Escúchame: Era un caballero; caballero galante y rico, más que los grandes de España y que los valerosos de la orden del Toisón de Oro. Se llamaba Roberto. Había casado, siendo aún muy joven, con una dama de nobleza polaca, Gemnilia K., y, fruto de estos amores bendecidos por Dios, fueron tres criaturas bellas, robustas, blondas. El caballero vivía con los

suyos en un palacio feudal, de aquellos elevados por la nobleza contra el orgullo y la omnipotencia de los emperadores. No sé en qué comarca, no sé en qué época, nò sé en qué mundo...

Pero en el palacio reinaba la paz, y su hijo predilecto, el amor. Gemnilia vivía en los ojos de Roberto y éstos sólo brillaban para iluminar la pasión de la esposa. Y entrecortaban los silencios de sus citas, debajo de la torre principal ó de las góticas arcadas de la iglesia: caricias, protestas y besos... sobre todo besos.

El tiempo pasaba sin tocar su felicidad. Parecía que respetaba su dicha, tanto para acatar el fallo de los astrólogos, como para obedecer la voluntad de Dios. Porque los astrólogos habían dicho: «Gemnilia será hermosa y rica; su esposo y sus tres hijos la amarán con vehemencia». Los habitantes del pueblo llamaban al castillo el «Palacio de la Alegría»; y las doncellas que pedían mancebo, y los huérfanos que deseaban alivio á sus dolores y todas las congojas, agudas bajo todas las frentes, iban cada día á cortar flores en los jardines del parque, porque bastaba una sola rosa de aquella morada, puesta sobre el pliegue de las trenzas ó en la cinta de las batas, para conjurar á los espíritus malignos y

volver á quien lo deseara su felicidad de antaño. Hasta la voz de las campanas, siempre lúgubre porque canta en bronce las angustias de los hombres, tenía en aquel retiro un timbre especial y los sones eran tan dulces que, al estallar en la cárcel metálica, sonaban como explosiones de besos engendrados por bocas vibrantes. Los ramajes ofrecían en cada hoja un lecho de seda á las mariposas y mostraban un exceso de verde color, que era como una lujuria de la esperanza. Y los lagos y las torres y los salones y las cítaras, al contacto del mismo amor, se hubiesen dicho ebrios de contento.

Sobre el estanque, cerca del muro, la joven pareja había hecho su nido: una glorieta rodeada de hiedra y sombra semejante á la gruta de los primeros hombres. A la caída de la tarde, aquél era el lugar preferido por la familia para oir los consejos del sacerdote y éste, entre las miradas del esposo y las caricias de los niños, explicaba á la nueva Eva cualquier estrofa del *Cantar de los Cantares*.

De noche se reunían en el salón de fiestas del castillo, que á la claridad de una lámpara veneciana mostraba los faunos de sus decorados, como pinturas de amor frente á las nereidas y á los bajo relieves del zócalo de tallado roble, en donde pindáricas cuadrigas

conducían, en carros de marfil, toda una serie de criaturas simbólicas.

Después, cuando el sueño cerraba los párpados de los niños, la pareja se dirigía hacía los jardines y en el parque, bajo las estatuas, junto al reflejo de las fuentes itálicas, se contaba sus amores siempre nuevos, siempre tiernos, como los frescos murmurios de esas aguas.

Pero la dicha, creada por el hombre, es finita como él.

Gemnilia enfermó. Consultados los astrólogos dieron contestaciones ambiguamente crueles. Si tres noches más tarde no aparecía sobre las almenas, por el lado del oriente, una estrella blanca, el desenlace sería fatal.

Y Roberto, acongojado, visitó al sacerdote. En nombre del Dios bueno, en nombre del Dios justo, le pidió la vida de la amada; pero el sacerdote, conocedor de su propia impotencia y acaso dudando de la virtud de su ministerio, miraba sin hablar las cuentas de su rosario, brillantes como esferitas de zafiros bajo el transparente velo de sus lágrimas.

Al fin, haciendo un supremo esfuerzo, dijo con voz temblorosa: «Debe dejarse obrar á Dios. El solo posee el secreto de todas las existencias y porque El es bueno y justo conservará á Gemnilia para su adoración y tus

amores. Hijo, la fe... la fe...» Y como una cascada que se deshace en gotas sobre las hendeduras de las peñas, corría por la ojera del religioso su llanto inútil.

A la tercera noche, los astrólogos confirmaron sus sospechas.

El esposo, sin querer todavía aceptar la verdad, elevaba al cielo, de rodillas ante el altar de la iglesia, la devoción de sus plegarias. Oraba... oraba. Pero cuando comprendió la inutilidad de su credo y el horrendo crimen del Padre cometido en la persona de la hija más perfecta; cuando tocó la frente marmórea de su compañera, pálida en la claridad de los cirios y alguien le dijo que la tierra debía abrirse para recibir en su seno el cuerpo de la esposa, sintió agitarse en su alma algo como una hez de dolores acumulados; creyó que una tenaza de hierro apretaba su cerebro con garfios candentes y en un arranque de rebelión sublime elevó á Dios, junto con el grito de sus angustias, la explosión de sus blasfemias... Y en el último instante, antes de precipitarse desde la torre al foso, tomando su puñal de fina hoja toledana, lo arrojó por los aires, como un insulto, al rostro del Señor.

Y dicen que cuando aquel puñal hubo llegado al cielo, apareció en el firmamento, co-

mo una gota de sangre que hubiera brotado de la herida del Dios injusto, la estrella roja...

Fulano: este es el cuento para tu novia, para tu novia que se llama Isabel y que era bizca y que tenía un pequeño lunar punzó en la muñeca izquierda.

CRIMEN DOBLE

Crimen doble

Yo espero que alguna vez un hombre inteligente disculpe mi conducta ó que un poeta, en día lejanísimo, dedique á mi crimen su verso laudatorio.

Por eso me apresuro á relataros la tragedia de mi existencia dolorosa y á hacer pasar ante vosotros, en toda su verdad, hasta los últimos detalles de mi doble delito.

Fué en Palermo, una bellísima tarde de noviembre, mientras el sol, á través de los árboles más altos, ocultaba la brillantez maravillosa de su disco rútilo entre la cabellera indecisa de las nubes errantes.

Infinitud de mariposas, atraídas por la fragancia del polen disperso, dibujaban en el aire inverosímiles fugas de cristal y de ensueño. Iban, venían, volaban; recorrían la igualdad de los setos con la fantástica desigualdad de sus volidos y, como si las moviera un instinto de belleza, giraban enloqueci-

das alrededor de los pimpollos entreabiertos.

De repente, por uno de los caminos del paseo, apareció un grupo de muchachos. Debían ser colegiales á juzgar por la locuaz inutilidad de sus conversaciones. A la vista del enjambre alado, los ojos del grupo pueril resplandecieron de júbilo y un raro fulgor de capricho cruelísimo inflamó las pupilas de la turba estudiosa.

Y sin que mediara entre ellos una sola frase que tradujera sus voluntades imperiosas, se precipitaron frenéticos hacia el grupo de insectos fugitivos.

Y yo vi cruzar enfrente de mí, por la senda donde el vagabundeo llevaba mis pasos extraviados, al numeroso corrillo de criaturas en el comienzo de su persecución apasionada.

Los insectos, sorprendidos, empezaron á piruetear de nuevo, pero los cazadores, inconscientes ante la belleza de la forma fúgida, redoblaron la eficacia de su esfuerzo exterminador. Aquí un pañuelo doblado como un capucho castigaba el aire con inútil movimiento; más allá, entre un grito de ira y una exultación diabólica, caía al pavimento una gorra de lana... pero en vano; el grupo alado, victorioso, continuaba integérrimo acariciando los arbustos.

De repente, una mariposa huyó sola hacia el cantero lateral. Y yo contemplé, irascible y doliente, á un muchacho que destacándose de los otros continuaba la persecución, mientras el insecto, casi encerrado entre la fronda espesa, se debatía inútilmente para evitar á su verdugo. Le vi erguirse, volar enloquecido, alzarse un instante sobre la zarza marchitada y posarse después, fatigado y vencido, en la piedra desnuda. Y el cazador inclemente fué hacia él para evitar la nueva fuga. Entonces, queriendo impedir el aniquilamiento de una Forma y salvar en esa vida impalpable una manifestación de la vida universal, dirigí al chicuelo mi frase implorativa. Pero él, sin oirme, entusiasmado ante la promesa de un minuto de placer, de un golpe brutal destrozó el insecto sobre la piedra ardiente. Y ante la inútil destrucción de la obra bella sentí agitarse mi espíritu con rebeliones espantosas. Recorrió mi cuerpo una sensación desconocida y comprendí la necesidad imperiosa de realizar mi venganza. Y enfebrecido de cólera, sin la clara conciencia del acto ineludible, me precipité sobre el muchacho como una bestia herida que ataca defendiéndose. Ante el violento empuje y la fuerza de mis manos, centuplicada en ese instante, la criatura se bamboleó un momento sobre la piedra

y ahogando un gemido dolorosísimo cayó exánime con el cráneo partido. Y sobre las alas quebradas del insecto resplandeció una mancha roja de sangre humana. Y así se reconciliaron, ante el infinito de la muerte, en la lejanía insondable de lo ignoto, dos formas puras de Belleza, sacrificadas la una en desagravio de la otra.

Por eso he dicho al comenzar esta historia trágica, que alguna vez un hombre inteligente disculpará mi crimen y que un poeta lírico me cantará su canto laudatorio.

EL RETRATO

El retrato

Eramos amigos, muy amigos, demasiado amigos. Tan amigos, que muchas veces nuestras manos se juntaban mientras paseábamos por los jardines y nuestros labios se unían en el voluptuoso calor de un beso... Pero esto siempre ocurría—es natural—lejos, muy lejos de la madre viva y del abuelo muerto.

¿Del abuelo muerto? Sí; porque mi amiga había tenido un abuelo que falleció años antes y cuyo retrato se conservaba en la sala de su casa, sobre el sofá desvencijado de nuestras citas primeras, y enfrente del piano que ella solía tocar con sus finas manos acariciantes como patitas de gata enamorada... Maldito retrato, maldito modelo.

La imagen, incorrecta, representaba á un hombre que era la corrección misma. Cuantos le conocieron le llamaban el «Señor Don Fulano» y los que no le trataron fingían haberle frecuentado. Y todo esto—también es

natural—obraba en el ánimo de la nieta haciéndole creer que su abuelo fué un compendio de honradez y discreción no aventajado y que su mejor sello de orgullo era descender de tal personaje.

Por eso cada vez que nos veíamos—y cuando no nos veíamos lo hacía por carta,—me juraba la eternidad de su amor por las cenizas del abuelo, lo verdadero de su pasión por su memoria y también, por su recuerdo, el precio elevado de su sombrero nuevo.

Y el abuelo me mortificaba como una pesadilla... ¡abuelo implacable!

—Fulana, dame un beso.

—No; si viviera abuelito no le agradaría...

—Fulana, déjame atar tu cabellera sobre la nuca.

—Mira... mira cómo los ojos de abuelito se fijan en mí y me niegan el permiso.

Y mis labios pasaban días enteros sin besar sus finos labios de sangre roja y mis manos no acariciaban, sobre su nuca, la opulenta negrura de su amplia cabellera.

Y nada más...

En ocasiones propicias, quise recorrer con ella el jardín, en la noche ó en el día, diciéndome, allá dentro de mi ser que la luna melancólica y el sol ardiente son bellos cómplices del amor, entre la discreción de las enra-

madas... pero no era posible. El abuelo suspendido por un hilo azul, sobre el sofá desvencijado de nuestras primeras citas, parecía siempre con su mirar estúpido, mal interpretado por un lápiz poco hábil, decir á su nieta palabras que ella murmuraba casi en tono de letanías.

—No, no... él no quiere. Pobre abuelito mío... él no quiere...

Y mis arrebatos cedían ante aquella mujercita crédula y sumisa que me oponía por toda resistencia la mueca en cartulina del ascendiente muerto. Mis súplicas, entonces, resultaban inútiles. Ella, abandonando el sofá, corría hacia el piano y desde allí, donde la mirada del abuelo la confortaba más, me hacía gestos de reina triunfadora, gestos de emperatriz altiva y victoriosa, que eran rotundas negaciones.

—No, no y no.

Mis ojos, entonces, anatematizaban al retrato, y el buen viejo, inmóvil tras el vidrio protector, me perseguía también con sus ojitos tiznados de carbón ordinario.

Una vez, dos veces, muchas veces, quise citar á mi amiga fuera de la casa, lejos de la imagen elocuente; pero ella, comprendiendo la inminencia de su caída si se alejaba de su lado, contestábame con palabras equívocas,

fingiendo pretextos para huir de mis anhelos. ¿Qué hacer? Yo no podía guardar ni la alegre esperanza de que el abuelo se muriese, porque muerto estaba, y destruir su retrato en aquella casa donde tanto le amaban era más que un acto irrespetuoso á su memoria, un ultraje imperdonable á sus descendientes que le mimaban como á un ídolo.

Mis deseos aumentaban en intensidad, y mi amiga, invulnerable y púdica—*turris eburnea,* —mantenía con firmeza el honor de su sexo y el suyo propio á pesar de mis palabras persuasivas y de mis caricias ineficaces.

—¿Hoy?... ¿mañana?... ¿pasado mañana?... ¿cuándo?...

—¡Nunca!

Y cada vez que decía «¡nunca!», miraba al rostro del abuelo pidiéndole una nueva protección.

Y aquella mujer era más hermosa á medida que el tiempo pasaba y mis manos hubieran sentido voluptuosidades únicas acariciando las hebras de sus trenzas de ébano y mis labios hubiesen hallado en sus labios mieles más dulces que en las colmenas de sus jardines; pero... el abuelo ejecutaba gestos autoritarios desde la cartulina en donde lo había fijado el lápiz poco hábil de un artista común,

*
* *

Una tarde melancólica de otoño, propicia á los amores, visité á mi amiga. Quise, como siempre, darla un beso y como siempre su negativa fué absoluta.

—¡No, no y no! mi abue...

Y sin terminar la frase, trémula como una hoja, se me acercó casi de rodillas, implorándome que la dejase sola.

—Vete, vete... yo quiero que te vayas. Ven esta noche... mañana... cualquier día...

Comprendí que algo grave había sucedido. Miré casi inconscientemente—tan acostumbrado estaba á mirar hacia aquel sitio—la pared donde residía el maldito abuelo, y mi asombro fué grande: lo habían sacado.

—¡Oh! vete, vete—volvió á decir ella con voz que más parecía un gemido;—se ha roto el vidrio... mañana lo traerán... vete.

Pero la fiebre aumentaba mi vértigo; la tomé con fuerza por su cintura fina, cubrí de besos su boca, roja como un corazón abierto, y con movimientos bruscos de atleta triunfador la eché sobre el sofá desvencijado de

nuestras primeras citas. Mi amiga, asustada, miró por última vez la pared donde debía de estar el honorable abuelo y, abdicando, sus labios menos rojos, pero más húmedos, me devolvieron besos ardientes.



EL AGUA

El agua

(Poema en prosa)

Amo el agua en todos sus aspectos y si alguna vez he escrito himnos al océano, cuya enorme masa líquida me encanta, no por ello he dejado de forjar, tal vez al mismo tiempo, en las profundidades de mi reino interior, poemas al agua-gas ó al agua hielo.

Ella tiene para mí enigmas y provocaciones de esfinge. Es nota, color y alma. Elemento con Empédocles, conviértese en medio con Colón y en fuerza con Papin. Tiene imprecaciones de atleta y murmurios de tórtola. Fuente, gotea y evoca la imagen de muchos diamantes cayendo en un vaso de marfil; océano, esparce su cabellera para azotar los flancos de las embarcaciones, y tornándose espuma diadema con armiño las imposibles frentes de las olas. Tiene audacias de león y timideces de gacela. Escupe á los rostros de las

rocas polifémicas, pero huye temerosa de humedecer demasiado las arenas de las playas. Adorna con clámides de nieve las cimas de los montes y eriza de puntas inclementes el seno de los abismos. Se derrumba en alud destructor y se condensa en ríos, ofreciéndose á la alegría de los ágiles patinadores. En su seno vagabundean los peces de colores, todavía ingenuos porque no saben de cárceles-piscinas; y por la formidable boca de las trombas engulle la audacia ó el heroísmo de los náufragos. Después de la tempestad, cuando ha destrozado todo, siéntese reina y necesitando una corona, pide á las nubes, sus hijas emancipadas, el gran hemiciclo de los arcos iris.

Canta, llora, suplica, manda... diríase una diosa maniática.

Cuando el hombre la encarcela, quiere vengarse de sus creaciones y castiga con el enorme brazo de los émbolos los vientres metálicos de las locomotoras: allí es furia, arpía, histerismo y rabia. Ruge, y el estridente silbato producido por el vapor no es más que la gran queja del agua al hervir en las calderas.

Condenada á estar en movimiento, odia la inercia relativa; por eso, aunque refleja el rostro de los astros, eleva hacia ellos sus horribles esputos de algas y mariscos. Piensa:

«¡Ojalá el sol fuera una góndola! Yo hundiría en eterna noche este mundo aborrecido y pecador». Es beso, caricia y ultraje. En Venecia fué dogaresa, y deidad en algunos pueblos bárbaros, pero permanece siendo quimera para el resto del universo. Sabe la historia de la evolución humana porque en su superficie saciaron su sed nuestros antepasados, pero á las preguntas del sabio responde con su sonrisa verde ó azulada: «Ignoro».

Es generosa con Noé, pero avara en los arenales de Libia, donde su recuerdo aviva las nostalgias de las caravanas. Es la gran hidra multiforme y multinome: tromba, ola, remolino, alud, granizo, témpano. En los lagos murmura rimas de Lamartine, pero en los mares declama pasajes homéricos y mientras sus ruidos semejan himnos ó endechas, guiñando á Febo se tornasola, para disimular los bancos de arena y las construcciones de piedra que tiene ocultos.

Sus flujos y reflujos marcan las horas de sus terribles fiebres. La leyenda la puebla de sirenas y el miedo de leviatanes. En los lagos besa los labios de las Ofelias y humedece, sin mojar, los aterciopelados cisnes, príncipes blancos que atraviesan en la góndola de sus plumas las superficies de plata.

Ella ha tocado las morbideces de Venus y

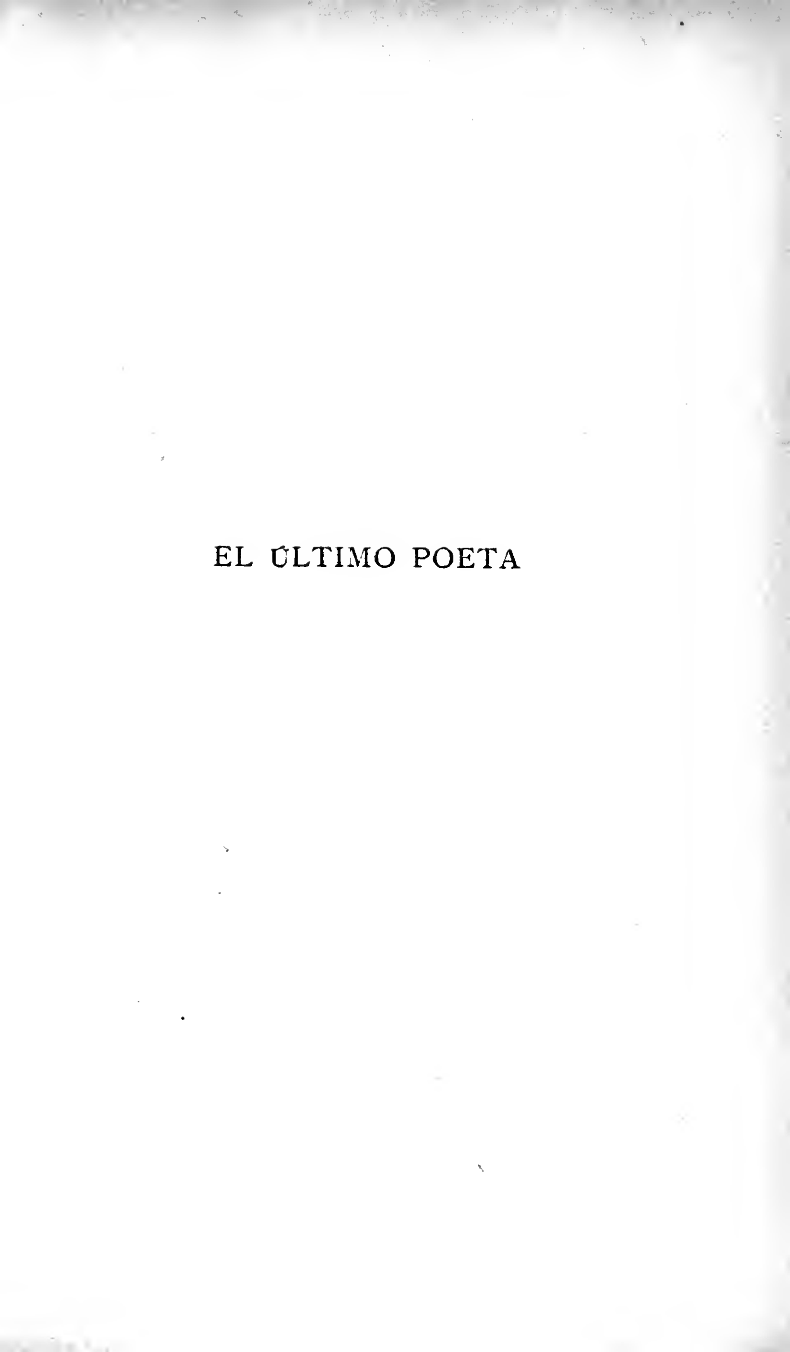
espolea los hipocampos de Neptuno para que conduzcan veloces el estupendo carro. Es desolación, angustia y lágrima. Cuando desciende por las ojeras de las vírgenes tiene fulgores de estrella y brillo de moneda en las pupilas de las hetairas. Horada los corazones y las rocas.

Si no puede morder, lame, y deposita sus besos de salitre sobre el terciopelo de las perlas. Es sorda á los gritos de Roma incendiándose y por no presentarse, mata; pero no oye el lamento de la Atlántida y por llegar, hunde. Convertida en humedad favorece los helechos, pero haciéndose nieve destruye las corolas de los crisantemos. Es bautismo para Cristo y suplicio para Tántalo. Profana ataúdes y sorprende los secretos de la química en el laboratorio de las plantas; se hace perla en las orquídeas y lodo en los caminos, aunque después se vaporice para formar catedrales de nubes en cuyas cúpulas el sol triunfal brilla.

Es granizo en las desolaciones de Noruega y niebla sobre las costas escocesas. Cubre las desnudeces de Susana y pone de relieve las formas de las ninfas lascivas. Calma la sed y los bochornos. Es lágrima en las pupilas de Julieta y transpiración en las frentes de los tísicos. Puede ser vaho y puede ser poema. Es paisaje en los golfos y fuerza en las cataratas.

Une los continentes y las naciones, aunque sostenga sobre sus olas Armadas Invencibles y presencie Trafalgares. Esconde los monstruos marinos y los corales: éstos para poetizar los amores de Graziella y aquéllos para ofrecer cuentos inverosímiles á las leyendas. Es benévola y cruel, sonrisa y amenaza, fuerza y súplica... Y, sin embargo, monstruo, arpía, furia ó demonio, rinde homenaje á Dios y haciéndose nube tapiza de celeste, allá en la altura, donde nuestros ojos no pueden alcanzar, el admirable trono del Creador.

...Porque debe cumplirse la palabra del Evangelio: «Toda alma—cosa—está sometida á las potestades superiores; no hay potestad sino de Dios y las que son de Dios son ordenadas».



EL ÚLTIMO POETA

El último poeta

He tenido un sueño doloroso y horrible... Mi imaginación, acaso excitada por el abuso del café negro, voló como una mariposa enloquecida hacia regiones ignotas; internóse cinco siglos en el porvenir para robar á los dioses la clave del Futuro y leer en el mañana, como en un libro abierto, la evolución de la Humanidad perecedera y miserable.

En este viaje imposible, más allá de las concepciones de la inteligencia pura, llegué á una ciudad mercantil, cosmopolita, á una ciudad capital del orbe, situada sobre las playas del viejo mar Pacífico y á poca distancia de un puerto en donde maniobraban millares de barcos, ostentando al sol la bandera internacional de color único.

En la ciudad no había catedrales ni palacios; aquéllas desaparecieron por muerte de las divinidades decrépitas y éstos fueron demolidos por emperadores claudicantes, semi-bes-

tias, semi-hombres, ávidos de nivelaciones enormemente absurdas. Pero en cambio había millares de casas que parecían tocar el cielo con la buharda del quincuagésimo piso; casas gigantescas, semejantes á Babeles construídas por un ejército de cíclopes; casas de hierro y de cal, casas antiguas y casas nuevas, aunque todas ellas, como si hubiesen sido edificadas por una mano única, se destacaban sin gracia ó elegantes con idéntico tipo arquitectónico. Eran edificios de una igualdad anarquista y chocante y parecían indicar que en sus habitaciones vivía una raza de hombres extraños, en los cuales toda manifestación superior estuviese abolida y ausente toda tentativa de carácter individual.

Y en realidad aquellos miserables seres humanos en nada podían distinguirse los unos de los otros; en ellos era tan profundo el sentimiento de la igualdad, que habían llegado hasta obtener la aparente unificación de sexos y quitado á sus mujeres—á esas criaturas pequeñas y poéticas amadas por las almas sensibles—hasta sus más adorables y antiguos caracteres genéricos.

En las calles de la gran ciudad formaban verdaderos enjambres que al moverse parecían espantosos vermes acéfalos, atacados de contorsiones horribles... Allá iban todos, por

calles y plazas, indiferentes á cuanto sucedía á su alrededor, confundidos, amalgamados, marchando sin rumbo fijo en medio de la masa viviente y miserable; agobiados bajo el peso de sus tareas brutales, como un gran rebaño de camellos hambrientos, coacervados, unidos, conglomerados, caminando hacia cualquier punto final que podía ser la taberna ó el lecho, ebrios, imbéciles, saturados de alcohol, de progreso y de esplín.

Algunos se detuvieron en una plazoleta, bajo las columnas de una fuente triangular (allí imperaba la línea recta) y cuando su número hubo llegado á varios centenares, se dirigieron, siguiendo una amplia avenida lateral, á la plaza de juegos, en donde los jovenes practicaban sus ejercicios físicos.

Poco antes de llegar al gimnasio y caminando en dirección contraria á la de la multitud, envuelto en una hopalanda raída, especie de peplo ó túnica de color indefinido, venía un hombre alto y enjuto, cuyas ojeras de una lividez mortal, al contrastar con los cabellos atezados, se hacían más profundas, dando al desconocido un aspecto extraño de personaje macabro.

Llegado que hubo á pocos pasos de la muchedumbre, hízole señas para que se detuviera, y como nadie le escuchase, impacientán-

dose por aquella descortesía, volvió su rostro en actitud hierática—¡oh, qué enorme desprecio había en su mueca!—y comenzó á recitar en un idioma inaudito y arcaico palabras cuyo significado él sólo comprendía:

Odi profanum vulgus et arceo;
Favete lingüis: carmina non prius
Audita Musarum sacerdos
Virginibus puerisque canto.

Entonces los hombres se volvieron para mirarle el rostro, pero él, indiferente, siguió cantando... hasta que uno de los de la turba, en actitud osada, se dignó hablarle:

—¿Quién eres, infeliz, y qué haces en esta ciudad vestido con esos trajes sucios y estrafalarios? Habrás huído de algún asilo...

—No.

—¿Quién eres?

—Un obrero.

—¿Obrero?

—Sí: de la palabra...

Una carcajada respondió á esta confesión ingenua y verdadera.

—Si no te explicas de otro modo, no nos entenderemos. Díme, loco titiritero; ¿cuál es tu oficio?

—Soy poeta.

—¿Qué?

—¡Poeta!

—Y, ¿qué es poeta?

—Nada, nada. Retiraos... dejadme.

Aquellos hombres, ante la actitud del desconocido, creyeron estar en presencia de algún ente trastornado y á viva fuerza, con maneras brutales, le llevaron á la Academia Universal de Medicina y Ciencias. Allí los interrogatorios comenzaron de nuevo, aunque el bardo, en presencia de los eruditos, seguía obstinado en no decir más que la palabra favorita.

—¿Quién eres?

—Poeta.

—¿Qué haces?

—Poetizo.

—¿De dónde vienes?

—¡Ah! vosotros no podéis comprenderme: ¡soy poeta!

Entonces, uno de los señores académicos tuvo una idea luminosa. Pensó que aquel hombre podía ser el último representante de una raza extinguida y que con el auxilio de las lenguas muertas se entenderían mejor. Hizo traer el milésimo quinto tomo del *Diccionario Universal Enciclopédico* y cuando hubo llegado á la palabra mágica, leyó con voz pausada: «POETA (del griego...; en latín *poe-*

ta) m. Ciertos maniáticos que en la antigüedad forjaban histórias inverosímiles. Algunos adquirieron gran renombre y hasta hubo fanáticos que trataron de inmortalizarlos. La leyenda habla de Homero, Dante, Shakespeare... pero su existencia no está plenamente demostrada. Sin embargo, en Francia vivió uno en el siglo diez y nueve; se cree que le decían VÍCTOR HUGO y que acaso estas palabras determinasen su manía. || Nombre dado en medicina á ciertos sujetos de imaginación enferma. || Loco, histérico; el que carece de inteligencia y sentido. Véase: *Estetomaniaco*».

El bardo, inmóvil y tranquilo, oía su condena; pero cuando el académico terminó la lectura, arrodillóse devotamente ante una imagen que él sólo pudo ver y exclamó con voz metálica y sonora:

—Perdona al último de tus discípulos ¡oh, divino y bondadoso Homero! este anatema: ¡Hombres del siglo veinticinco yo os maldigo; á vosotros, á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos hasta la última generación!

Y después, dirigiéndose de nuevo hacia la muchedumbre que le miraba estupefacta, exclamó con voz ronca y poderosa la palabra única, necesaria, inevitable y verdadera:

—¡Imbéciles!

Luego, sonoro y armonioso, comenzó á cantar un dístico de Horacio. Y en lo sucesivo, los bardos no fueron más que personajes de leyenda.

¡Oh, Progreso! ¡Oh, Esplín!

LA FRENTE MAGICA

La frente mágica

Fué en el palacio de nuestros amores, en el palacio bizantino donde germinó nuestra pasión recíproca empurpurada por el sol de oriente, bajo las diáfanas caricias de las nubes... ¿ Delirios de Kalifa ?—Tal vez...

Reclinando tu cabecita rubia, menos sobre el brazo esculpido del sofá, que sobre mis hombros viriles, te quedaste dormida con aquel sueño infantil que, en pasados días, besaba á través de tus párpados de seda tu diminuta pupila azul.

Yo miraba tu rostro—verdadero arquetipo ideal,—y acaso embebecido en la contemplación de tu belleza, sentí desvanecerse mis pensamientos de hombre. En lugar de ellos poblaron mi cerebro millares de ideas fantásticas, libélulas blancas, que me hicieron olvidar la realidad por un tiempo infinitamente largo. Llegué á convencerme de mi poder divino, y como en mis manos hubiera puesto la

fantasía la celebrada lámpara, motivo de uno de los más admirables mil y un cuentos árabes, traté de comprobar la veracidad de la leyenda y el poder omnímodo de sus estupendos personajes.

Froté con la puntilla de tu bata el metal de la lámpara y apareció el Genio en un triunfo de luz que le formaba una aureola silenciosa.

—¿Qué deseas?

—Quiero *ver* los pensamientos que desfilan bajo la frente de Carlota.

Un denso vaho, mezcla de reverberaciones fosfóricas y de reflejos ambarinos, veló tu rostro; momentos después tu frente adquiría transparencias de cristal, las ideas se materializaron y comenzó el desfile. Eran tres épocas.

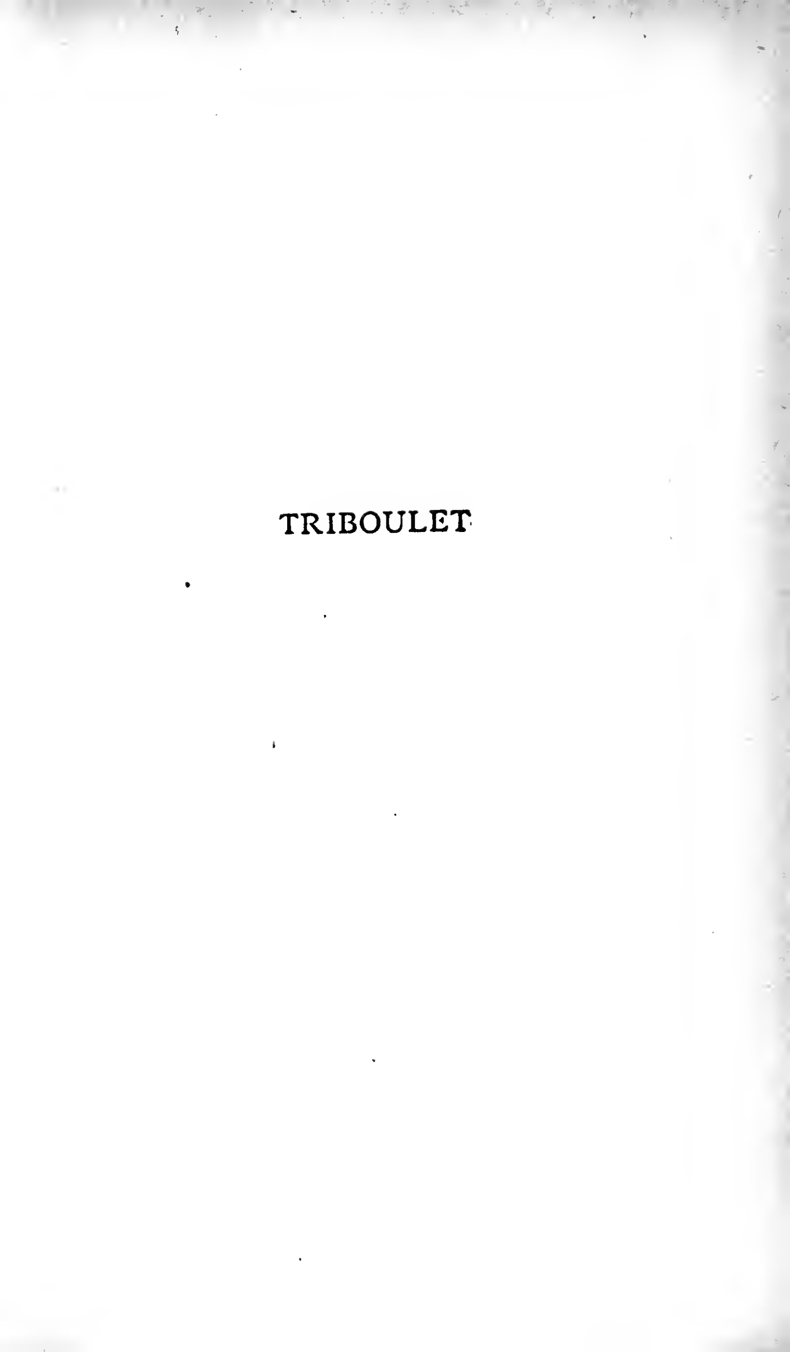
Muñecas.—Iban muñecas rubias, morenas, coquetas, románticas, ricas, pobres—Ofelias, Graziellas,—muñecas cuyos labios diminutos sabían decir «papá»; muñecas con frentes luminosas como pequeños astros, muñecas blancas, muñecas enfermas, muñecas pálidas... todo un ejército de adorables criaturas de vidrio y cera... y en medio de ellas, como un velo blanco é impalpable, tu inocencia infantil.

Amantes.—El primero, el de tus ensueños; el joven que evoca un efebo de mármol, el príncipe, el burgués, el estudiante, y poetas,

pintores, artistas, músicos... Desfilaban bajo la transparencia de tu frente seres y cosas: Eloísa y algún palacio encantado, pastoras amadas por emperadores galantes, castillos azules bajo cielos de ópalo, polonesas de Chopin, sonatas de Beethoven y besos y lágrimas y caricias; y en medio de todo ello, bajo la sonrisa protectora de tu alma enamorada, la imagen colosal de un Deseo no satisfecho nunca.

Presentimientos.—Iban formando parte de aquella procesión mil mariposas diferentes: blancas, rosadas, azules, pálidas; de marfil, de zafiros, de plata, pero ninguna que luciese en sus alas el brillo de la esperanza y escoltando ese desfile interminable, como un enorme vampiro ávido de beber tu existencia, marchaba á paso lento la eterna pesadilla de tus ensueños negros: ¡La Muerte! En ese momento un gesto horrible contrajo tus facciones y comprendiendo que semejantes ideas iban á hacer brotar una lágrima de tu pupila azul, te despertó mi beso.

¡Perdóname!



TRIBOULET

Triboulet

Soy muy nervioso, excesivamente nervioso. Toda la vida, desde la infancia he sido presa de los más terribles accesos; mis nervios han estado siempre en una excitación extraordinaria, casi diría febril, contribuyendo quizás á aumentar más mi desequilibrio una especie de pasión inconsciente hacia todo aquello que, dentro de los límites de lo fantástico, encerrara las siniestras fascinaciones del misterio; la cábala y la nigromancia me cautivaban, me inducían á espantosas divagaciones ultrarridículas. El reino de las tinieblas era mi reino. Lo caótico, lo tenebroso, los palacios de sangre ó fuego engendrados por imaginaciones alcohólicas adquirían en mi cerebro formas y dimensiones reales. He forjado danzas esqueléticas al son de quién sabe qué flauta endemoniada; he soñado crímenes, suicidios, mutilaciones; he soñado como un ebrio, como un tomador de haschich

con todo lo imposible, quimérico ó absurdo. Hubiera divinizado á Edgard Poe. Presentía un universo de tinieblas y duendes dentro del universo luminoso para el común de los hombres; un mundo informe, irregular, enigmático, hecho exclusivamente para mí. Ignoraba que hubieran existido adorables visionarios como Hoffmann ó Rollinat, y, sin embargo, sentía la necesidad de vivir en el ambiente infernal creado por ellos.

La existencia real, tal como es, tal como debe ser, llegó á fastidiarme por la facilidad increíble con que se dejaba someter á leyes lógicas. Amaba lo obscuro, lo difuso, lo inescrutable, dentro ó fuera de las divagaciones metafísicas, y Hamlet hablando de política cortesana con la sombra de su padre llegó á ser mi arquetipo de hombre y de filósofo. ¡Oh, Hamlet! amante inmortal de una mujer loca y suicida, ¿por qué no me has dicho alguna vez si es agradable la voz humana viniendo de ultratumba?

Dante, conducido de la mano por Virgilio, recorriendo aquellos círculos diabólicos llénos de sombras y dolores, contemplando todos los gestos, todos los desmayos, todas las infamias, se me aparecía á cada momento, en mi alcoba, en el teatro, en la taberna, para gritarme enfurecido: «Ven, pecador, tú debes

estar aquí; ven, ven». En vano volvía los ojos ó procuraba no oir; la voz estentórea gritaba con más fuerza: «Ven, pecador; ven, ven».

Era el eterno martirio, la amenaza constante de un castigo refinadamente cruel. A altas horas de la noche, cuando en brazos de mi querida, ebria de sueño y de coñac pretendía alguna vez dormir, se poblaba mi cerebro de no sé qué fantásticas visiones, asaltándome un miedo estúpido, inmotivado. Recordaba volúmenes enteros de narraciones alucinantes: enanos, brujas, fakires..., todo un ejército de indecibles monstruosidades y mis nervios, excitados hasta el delirio, extraían mayores fuerzas de mis propias miserias.

He divagado por entre los límites lejanos de la locura. Mi imaginación—el mayor verdugo de mi dicha—entonaba himnos obscenos á Baco ó á Canidia en regiones imposibles, donde las otras facultades no podían llegar; eran himnos paganos, lúbricos, inspirados acaso en la quinta esencia de la teoría epicúrea. La Neurosis, á todas horas, aún en esos instantes en que mi alma pretendía rendir culto á sus felicidades de antaño, me fulminaba con sus miradas de odio.

En esas espantosas crisis de mis sentidos, sólo hallaba dos medios para disminuir la

intensidad de mis devaneos: ó el agotamiento de mis facultades en el amor físico ó la momentánea supresión del «yo» por el exceso del alcohol. Bebía como un enfermo, como un loco, como Carlos Baudelaire, á quien había bendecido aclamándole mi perverso maestro.

Tenía conciencia de mis exageradas energías, pero faltábame voluntad para utilizarlas en la realización de un fin cualquiera. Me maldecía y mi maldición no alcanzó á los que me rodeaban porque sinceramente los desprecié. Sí; mi desprecio era sincero, consecuencia de un convencimiento, síntesis tal vez de minuciosos análisis internos. Hubiera deseado aniquilarme, destruir mi infantil personalidad moral y entrar de lleno en otra vida psíquica de distinto color.

Y de nuevo me asaltaban visiones extrañas: genios maléficos, sonámbulos, duendes, aparecidos... Veía en la intranquilidad de mis noches á todas las personas muertas, amadas ó aborrecidas. El platonismo de las primeras pasiones antojábaseme un absurdo, y las sensualidades de las últimas contribuían á darme una idea más acabada de mi propia pequeñez. Desfilaban nombres y rostros: Julia, Elvira, Cleopatra; la inolvidable histérica de piel blanca y reseca como un papel de lija; la napolitana gibosa y torpe, con sus labios repug-

ñantemente pálidos, reveladores de la profunda clorosis... y fantasmas, brujas, enanos... ¡una procesión infernal!

Cierta noche, horrorosa continuación de un día fértil como ninguno en disparatadas representaciones, Carlos Lyman, buen amigo de la infancia, único capaz de comprender todas las crisis de mi espíritu, sospechando, tal vez por la demacración de mi rostro, el tormento de mi pensar, invitóme á un teatro. No pude rehusarme, no debía hacerlo; necesitaba dar á mi alma ese olvido que traen consigo las representaciones escénicas.

En el Odeón se estrenaba esa noche el drama de Hugo «*Le roi s'amuse*». Pedimos un palco. La sala estaba concurridísima: á las nueve menos cuarto se levantó el telón. Francisco I, rico, hermoso, tal como lo pintara el Ticiano, apareció en la escena. La Tour le seguía de cerca con el ostentativo respeto que muestra al poder el servilismo adulador. A pocos instantes presentóse la figura rara y deforme del bufón. Tuve un extraño estremecimiento. Yo había *visto* millares de veces á ese individuo, había hablado con él, le había tocado su joroba. Sí, una noche, después de una bacanal en casa de Teresa Berguier, se me había aparecido, de pronto, al doblar la esquina de una de nuestras calles apartadas.

Sin embargo, muchas veces dudé si la aparición era producto de mi estado anormal ó una forma viviente y monstruosa, pero ahora, al ver á aquél en la escena, á diez pasos de mí, tuve miedo y temblé. ¿Y si en realidad se me hubiera aparecido?...

Sentí deseos de despedirme de Lyman y marcharme inmediatamente, pero me pareció indecoroso; adiviné en sus miradas una pregunta inconfesable y resolví quedarme, ¡qué horror! Estaría viendo á aquel hombre durante tres ó cuatro horas más. Temblaba. Creí que todas las miradas se fijaban en él y en mí, y que el bufón, por quién sabe qué extraño fenómeno magnético, se me dirigía con preferencia. ¿Era cierto? ¿No lo era? Ignoro...; pero aquel demonio deforme clavaba en mí, como dos fríos punzones de acero, sus ojos pequeñitos y brillantes. Deseaba llorar, cubrirme el rostro con ambas manos, no ver más la fenomenal criatura miserable.

—Lyman, tengo sed, acompáñame á la taberna.

El rostro de Carlos adquirió un gesto de compasión y ternura indefinible. Bebimos. Las copas de coñac se vaciaban sin cesar en nuestras gargantas. La fiebre de alcohol aumentó mi nerviosidad y, momentos después, por indicación mía, estábamos de nuevo en el palco.

Se representaba la segunda escena del segundo acto. Triboulet, solo, sentado junto á una mesa de piedra, quejábase de sí mismo: «¡Maldito!... ¡Ah! la Naturaleza y los hombres me han hecho muy malo, cruel é infame; en efecto, ¡oh, rabia! ser bufón, ser deforme. Siempre este pensamiento».

Estas palabras me produjeron intensos calofríos. Hubiera deseado huir, pero la mirada de Lyman, fija sobre mi frente como para adivinar mi estado de ánimo, me contenía sin fortalecerme. Estuve á punto de gritar:

—¡Carlos, marchémonos!

Sufría mucho. Recordé que en mis bolsillos llevaba morfina y con un pretexto fútil pasé al antepalco. El tóxico me calmaba; quise pensar en cualquier cosa distinta de lo que estaba viendo y empecé á recordar los rostros de las mujeres conocidas: Sara, Elena, Teresa, Teresa Berguier, la báquica orgía de la noche pasada, el enano aparecido... ¡Triboulet!

No sé si proferí algún grito, pero Lyman me dirigió una mirada de reproche; mis labios temblaban convulsos y un sudor frío mojaba sobre mis sienes los cabellos en desorden.

Llegó el último acto. El enano había hecho matar equivocadamente á Blanca y poniendo

su pie sobre el cadáver exclamaba con toda la amargura de su corazón enfermo: «Ahora, ¡oh mundo! mírame». Estas palabras sonaron en mis oídos como una descarga de fusilería. Repetí la inyección de morfina. Los minutos pasaban... El enano había reconocido á su hija, y en aquella noche horrible en que todos los elementos del cielo luchaban con furia sólo se oía por boca de un ser enfermo y contrahecho la palabra del dolor: «Yo, yo he matado á mi hija».

Abandonamos el teatro. Mi cabeza daba vueltas como si estuviera completamente ebrio. Todo mi cuerpo temblaba. Sentía necesidad de llorar, de proferir mil juramentos, de beber, de beber hasta el letargo. Hubiera deseado reprochar á Lyman su amable invitación; él tenía la culpa de todo, él, que conociendo mis debilidades me había llevado al teatro.

En cada ruido que se producía á mi alrededor, en cada transeunte, en cada sombra callejera, hallaba algo de Triboulet y hasta los amarillentos faroles de los carruajes brillaban en aquella noche de septiembre como pupilas dilatadas de algún ente quimérico. Lyman caminaba á mi lado, diciendo puerilidades, acaso para impedir mis profundas meditaciones.

—¿Has visto á Celia?... Me han dicho que

sus trenzas, esas trenzas blondas, adoradas por Enrique B., son teñidas... ¿Conoces al amante de Juliana...?

Yo no le oía. Apoyaba mi brazo sobre su hombro por temor de caer á cada instante. Caminaba casi inconscientemente, con la perfecta regularidad de un autómata; los efectos de la morfina iban desapareciendo y temía una crisis más violenta que las anteriores. ¡Ah, si yo hubiera podido sacar de nuevo la jeringa de Pravast y clavarme la aguja, una vez más, sobre los nudillos de los dedos sin que Lyman lo notase! ¿Y si se daba cuenta? Me miraría con aquella mirada fija, cruel, mezcla de lástima y reproche.

Traté de abandonarle. Caminábamos por la calle... y al llegar á la esquina de... fingí, no sé con qué pretexto, la necesidad de retirarme solo. Tal vez inventé una cita con Natalia en la casa particular de su modista. Carlos, sin dejarme partir, continuaba á mi lado, imperturbable, enigmático. Feliz de él, no pensaba en Triboulet. Doblamos en dirección al oeste. Una densa neblina humedecía nuestros abrigos y algunas gotas de lluvia comenzaron á caer sobre nosotros. Pasamos por la puerta de una taberna.

—Lyman, quiero beber coñac.

Bajo la funesta influencia del alcohol, mis

neurosis disminuían momentáneamente de intensidad, permitiéndome olvidar, siquiera fuera á ratos, la horrorosa figura del bufón. Sin embargo, el choque de nuestras copas sonó en mis oídos como una carcajada estridente y volví á pensar en Triboulet. Le veía mucho más pequeño que antes y su rostro desfigurado semejaba una máscara deforme.

—¡A la salud del enano!

—Carlos, por favor, me enloqueces...

Momentos después nos separamos y media hora más tarde entraba solo en mi habitación. ¡Qué miedo! ¿Y si alguien se hubiese escondido debajo de la cama, detrás de la biblioteca? ¿Y si fuera una bruja? ¿Y si fuera un enano?... ¡Triboulet!

Temblaba como una hoja. Repetí la inyección de morfina y empecé á desnudarme. Los muebles de mi alcoba giraban como encantados y la luz de la lámpara, cuya intensidad disminuía por momentos, llegó casi á extinguirse. Arrojé mis ropas al acaso: sobre la mesa, en la cama, en las butacas. Quise dormir, imposible. Alguien movía mi lecho y tiraba los extremos de las sábanas pretendiendo arrancarlas. La lámpara parecía encenderse de nuevo y un rumor de pies diminutos, deslizándose sobre la alfombra, trastornaba mis sentidos. Allí debía haber un extraño.

¿Sería un malhechor, un fantasma?... ¿Triboulet? Ignoro...

Recordé que bajo las almohadas estaba el inolvidable compañero, mil veces prometedor de «paraísos artificiales» en mis días de exageradas neurosis y lo acaricié con ansias. Era un buen revólver norte-americano. Cinco veces apreté la palanca del gatillo y cinco veces la detonación fué substituída por un ruido seco, sin vibraciones. Comprendí que el arma estaba descargada y un temblor nervioso me hizo presa: era la ira, la impotencia, el miedo.

Estuve un momento conteniendo la respiración para oir mejor lo que sucediese cerca de mí y alcancé á percibir otra vez, pero ahora claramente, un ruido de pasos. Eran pisadas suaves, ligeras, diríanse de mujer. Escuché. Mis ojos se dilataban en la obscuridad, brillando en la sombra como dos carbúnculos; un sudor frío mojaba mi frente y mis uñas arañaban las sábanas en las contracciones casi espasmódicas de los dedos.

Pude ver, al lado de la mesa de trabajo, la silueta de un hombre pequeñito y robusto. Su cuerpo deforme parecía dirigirse hacia el borde de mi lecho con movimientos suaves de vara de bambú. Debí proferir un grito ahogado. El monstruo, sin estremecerse siquiera, me seguía mirando: su mirada era fría y po-

netrante como la hoja de un puñal veneciano. Acaso poseía algún poder magnético sobrenatural, porque, aunque hice esfuerzos para no contemplarle, mis ojos seguían abiertos como queriendo fijar en la retina la figura de aquel fenómeno. Tuve intenciones de arrojarme del lecho y deshacer con mis manos el extraño engendro, pero carecía de fuerzas para moverme. Una tenaza de hierro me apretaba el corazón; creo que mis nervios habían adquirido propiedades eléctricas, mientras los músculos desobedientes á la voluntad—¡ah! voluntad de mi espíritu, ¡apenas de nombre te conozco!—permanecían rígidos como los de un cadáver.

El enano continuaba mirándome. Su boca sardónica, en eterna sonrisa, dejaba ver una doble hilera de dientes de los cuales se desprendía algo como una reverberación fosfórica. Pensé en la brutalidad de aquellos labios sobre los míos, en un beso imposible que desposara nuestras almas, y enloquecido de espanto grité al rostro del fantasma:

—Incubo, hijo de Satán, yo te conjuro. ¡Triboulet, Triboulet, perdón!...

Estalló una carcajada. Fué una carcajada horrible. Dióme la imagen mental de cráneos humanos golpeando desesperadamente sobre el bronce de infernales campanas. Creíme lo-

co; pero, loco, ¿cómo?... si en realidad me sentía cadáver. Dudé de mí mismo y admití como posible haber muerto esa noche y estar sufriendo el castigo de mis culpas. Pensé como un Poe con imaginación de Dante.

El monstruo continuaba mirándome. Oí un ruido de pasos conocido. ¿Otro enano, otro duende, otro íncubo?... El extraño personaje seguía caminando; estaba á dos metros de la puerta, allí cerca, muy cerca, detrás de la pared. Hubo un ruido de llaves y la cerradura crujió. De un brinco me puse de rodillas en el lecho y levantando las manos hacia el cielo exclamé desesperado:

—¡Protégeme, Señor!

Estalló otra carcajada y las puertas de mi habitación, como si un gigante las hubiera empujado con violencia, se abrieron de par en par. Caí desvanecido.

—Julio, Julio, soy yo... no temas... vuelve en ti... reconóceme... soy yo... Carlos Lyman...

... ...

... ...

Cuando desperté había perdido por completo la razón y tuve que estar cuatro meses en un sanatorio. Cierta noche, cuando ya sano bebía coñac en casa de Lyman, esperando la hora que llegasen nuestras amantes, Carlos me dijo bruscamente:

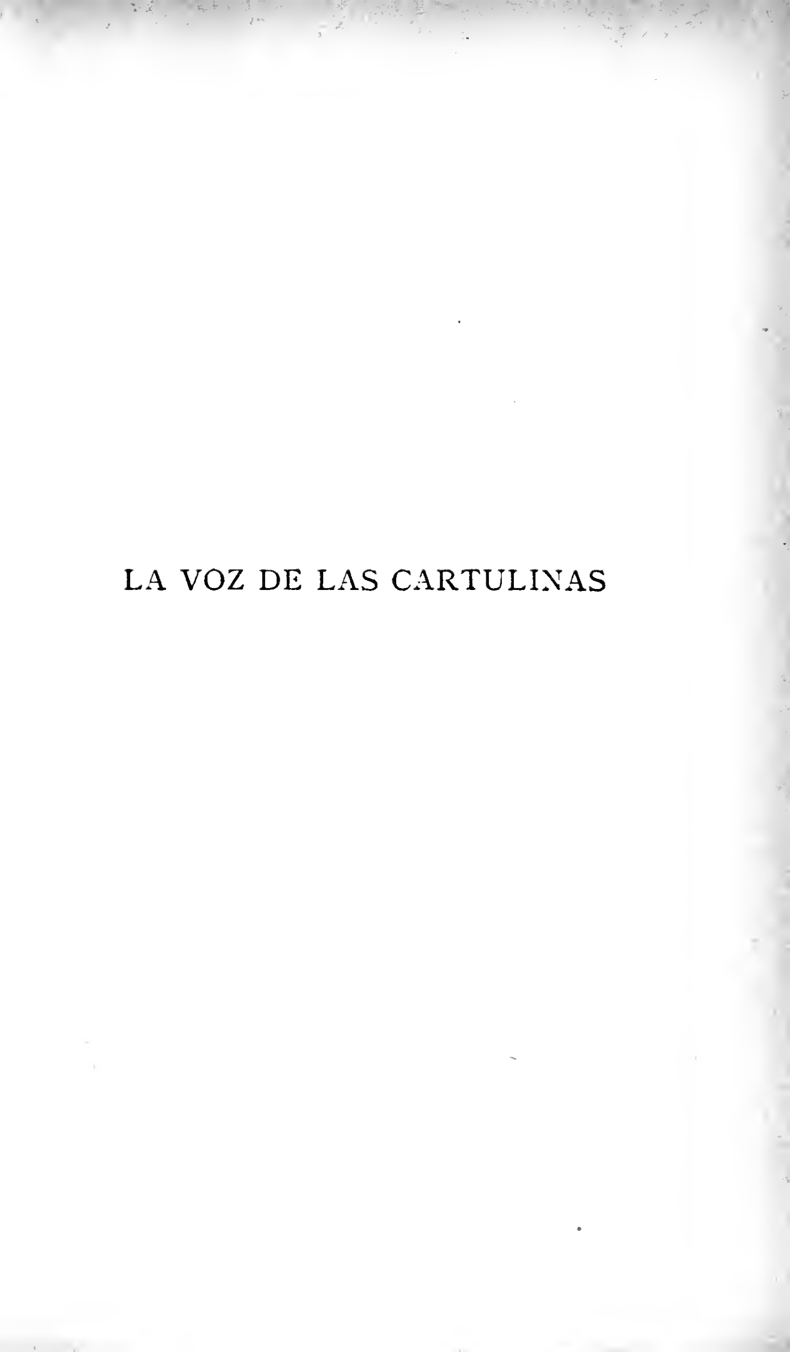
—¿Te acuerdas del enano? Mírale.

Y sacando de sus bolsillos un volumen de Hugo, en cuya tapa estaba el retrato de Triboulet, lo puso ante mis ojos.

Solté una estrepitosa carcajada y queriendo, menos que insultar á mi amigo, presentarme á él tal como yo me consideraba en aquel instante, murmuré con un gesto indiferente:

—¡Imbécil!

Después tomamos mucho coñac y bebimos como idiotas en brazos de nuestras queridas.



LA VOZ DE LAS CARTULINAS

La voz de las cartulinas

Mi imaginación me ha referido un cuento, pero no lo creo: ¡es tan mentirosa mi imaginación!

Dice:

Era una noche de agosto. Sobre la Ciudad Porteña se cernía el silencio de modo tan absoluto, que desde mi biblioteca escuchaba claramente las campanas de *El Salvador*, cuyas vibraciones forjaban la canción de bronce para elevar al cielo las plegarias y las congojas de los hombres. Se hubiera dicho que sonaban en un ambiente de leyenda...

Solo, en mi cuarto, sin más compañía que la de algún libro clásico, miraba por sobre los balconajes las siluetas difusas de las casas, perdiéndose en la obscuridad de la noche, y la luz enfermiza de los faroles, cuyas llamas proyectaban caprichosas sombras bajo los salientes arquitrabes de las modernas construcciones.

Los árboles de la plazoleta movíanse como solmenados por una mano oculta, y era tal la violencia de sus vaivenes que, de rato en rato, alguna rama astillada, desprendiéndose del tronco, venía á golpear los vidrios de mi ventana. Semejaban espectros fugitivos que en busca de refugio se dirigieran al País del Olvido.

En mi biblioteca, los viejos volúmenes cubiertos de polvo, yacían sin comprender el enorme trabajo con que se caldearon sus páginas que encierran, á veces, en su negrura, luminosidades de fiestas imperiales. Las hojas de los infolics, doblándose al peso de su linaje, despedían un olor penetrante de cuerpo embalsamado; algunos libros se antojaban caballeros de aquel numeroso ejército, y aquí un Quijote, allá un Petrarca, soberbios en su grandeza, miraban despreciativamente á los que dormían tranquilos sobre la frialdad de los anaqueles.

En la pared de enfrente á mi mesa, sujetas con broches sobre una lámina de nogal, estaban las cartulinas postales, todas con retratos de personajes ilustres, esperando que de un momento á otro la tardía Inspiración descendiera á mi cerebro y la mano trazara en el anverso algún pensamiento elegante adecuado á la amiga destinataria.

De pronto, en la calle, con explosión de vibraciones lánguidas, estallaron las primeras notas de un tango criollo.

Los ilustres retratados, sorprendidos por el son intempestivo, parecieron despertarse de un sueño demasiado largo, adquiriendo sus posturas habituales para oir—preparándose quizás á juzgar á su manera—la insolencia de esa música popular y voluptuosa.

El rostro de Mauricio Rollinat adquirió contracciones de amenazas crueles; Byron, Zola, d'Annunzio, permanecieron estupefactos; Hugo pensaba y la mirada de los demás era enigmática.

Pero la música continuaba con monotonía desesperante, y desde la lámina de nogal donde estaban sujetos los retratos parecía brotar un rumor que encerraba una protesta. Escuché. Decía un coro de voces:

—Hablad vos; queremos oir vuestra opinión, padre Hugo. ¡Hablad!

Y la voz casi metálica del autor de *Hernani* cayó como en cascadas de notas sobre el silencio del gabinete.

—¿Hay amor en ese conjunto de armonías? Quizás. El pálido Musset, cuyos versos brillaron casi luminosos porque hirió la cuerda más sensible del corazón humano, lo hubiese saludado con una canción. Esta música

puede fastidiarme á mí, que expresé con entusiasmo en la pompa verbal de mi estro las armonías del mundo y las antítesis de las almas con el recuerdo de las grandes orquestas; pero ¿ hemos de suprimirla cuando tal vez mitigue las angustias de los espíritus que sufren? Yo creo que alguno de mis personajes ha escuchado músicas más crueles que ésta. ¿ Es verdad, Lucrecia, que los gritos de tu conciencia eran más amargos? Entonces, seamos benévolos... Toca, organillo, toca y colora de esmeralda los ensueños de las vírgenes dormidas.

Se oye otra voz:

—¡ Hurra! ¡ Bravo! Estos acordes, siquier plebeyos, tienen un sensualismo que me encanta. Traigan vino y mujeres. ¡ Qué importa! El placer es la gran ley de la vida. ¡ Ah, si Don Juan pudiera seducir á una hembra mientras acallasen los gritos de su virginidad profanada las vibraciones de esta música! Todo es cuestión de momento. Yo he llorado de rodillas á los pies de muchas mujeres y después he humedecido con alcohol sus labios y los míos. ¿ Qué me importa ser noble y lord? ¿ Acaso la fiebre de los besos pertenece al pueblo solamente? Yo aplaudo. ¡ Hurra! Traigan vino; yo aplaudo.

Darwin:

—El efecto producido por la música es semejante en el hombre y en el mono. Los gorilas se excitan demasiado y á veces hasta quieren imitar los sonidos. Algunos monos de América demuestran grandes aptitudes para el canto. Si yo tuviera en este momento un chimpancé lo pondría cerca del cilindro giratorio, y seguramente sus emociones serían análogas, aunque menos intensas, que las de un hombre en idéntico caso.—¿Se trata de saber mi opinión acerca de la música? Soy casi profano en la materia y mi juicio carece de valor. Sin embargo, después de largas horas de estudio, me ha deleitado el piano. En cuanto á lo que estoy oyendo, me es indiferente: ni me molesta ni me agrada.

Tolstoi:

—«Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen». ¡Ah! La Humanidad no podrá ser casta jamás con esta clase de excitantes. Si los hombres oraran y creyesen en Dios no habría quien se atreviera á tocar en las calles estos aires báquicos. ¿De qué me ha servido predicar el Bien durante toda mi vida? ¿No es un crimen que los niños escuchen estos acordes cuyos giros, al materializarse, se tornarían en lascivos movimientos de caderas? Perdón, Padre mío, perdón. La Hu-

manidad es incorregible. ¡Ah, si las madres educaran á sus hijos en la moral cristiana, y en cada casa en vez de *El Decameron* hubiera una *Santa Biblia!* Basta, basta. Yo tapo mis oídos. Hombres; no profanéis las almas de los niños con esas enseñanzas brutales; tened compasión de ellos. ¿Olvidáis lo que dice San Lucas? «Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso». ¡Dios mío, cuánto he sufrido esta noche!

Otra voz:

—¿Quién se atreve á turbar mis melancolías con esos golpes de platillo? ¡Insensatos! ¿no sabéis que acrecentáis mis neurosis con esta clase de excitantes? Cuando yo en mi gabinete escribía sonetos «á la mujer serpiente» ó «á los picos de gas», sentí también palpitar en mi mente y en el piano las músicas macabras que sus palabras sugieren. ¿Será que ni en el olvido de la tumba me dejáis en paz? Idos con Dios ó con el diablo, pero no despertéis la visión de mis antiguas pesadillas. Yo os lo digo francamente: prefiero los ataques de mi neurastenia á todas vuestras músicas, porque ellos eran menos fuertes sin esos sonidos, y toda música me conmovió hasta encontrar, en la de los rales de los tuberculosos, las orquestas mismas de los salones. Marchaos. Y que os envenenen el vino, im-

béciles... Y la voz de Rollinat se extinguió entre sollozos de ira.

Zola:

—No es la primera vez que oigo esta sonata. Me gusta. Imagino á Naná bailando al compás de semejantes acordes y á una turba frenética que aplaude cuando ella muestra, desde el tablado, las morbideces de sus piernas. Cuántas veces, mientras los maridos engañados están en sus quehaceres, «esas damas» andan por ahí en brazos de sus amantes, tarareando los trozos más sensuales de estas músicas. Las chicuelas de París saben danzar admirablemente, pero no es extraño; sus cerebros parecen engendrados por sus matrices. La Mouquette hubiera halagado á tantos amigos como sonatas tocan todos los órganos del mundo y... ¿recordáis las noches de Naná? No creáis que exageré. La mujer algunas veces es buena, pero cuando comienza á corromperse...

Otra voz:

—Huid, Anatolia, Violante, Juliana, Hipólita, huid... Maldito sea el inventor de estos chirridos. Vosotras no podéis oir, sin ruborizaros, semejantes manifestaciones del alma popular. Interpretáis la música á vuestra manera y tal como os la enseñé en las excitaciones de mi orgullo de artista. Aplaudid hasta

el delirio el segundo acto de Tristán é Isolda y á Beethoven y á Grieg y escapad... Estos acordes irritarán la aristocracia de vuestros nervios sensibles. Quiero oirlos solo. Avido de sensaciones, siento en ellos al alma popular, la grande alma de la serpiente de mil cabezas, que resuena con ruda voluptuosidad, dulcificándose en la envoltura de las notas. ¡Ah! ¡que atracción! Río por un instante de Petronio. Si mi abuelo latino se hubiese abierto otra vez las venas, mientras el padre del Inocente imagina entre estos acordes los versos de La Figlia di Yorio...

Y como de pronto el organillo dejó de vibrar, los retratos volvieron á sus sitios con las voces calladas y los rostros inmóviles. En mi biblioteca continuaban durmiendo los volúmenes y en mi memoria aparecía más clara la belleza del libro clásico.

... ...

Este es el cuento de mi imaginación, pero no lo creas, lector; ¡es tan mentirosa mi imaginación!

MARÍA

María

María es el nombre de las
vírgenes melancólicas

¿ Me quieres ? Mi patrimonio es escaso, mis esperanzas pocas. La dicha, deidad voluble, me ha sonreído muy raras veces; en mis noches he visto un fantasma que se llama Infortunio y tiene garras de acero.

En mi jardín florecieron muchas camelias rojas, pero hoy se han marchitado todas, y en otra ocasión te mostraré la corona de pétalos secos con que adorno los pliegues de mi frente. Soy poeta y no hago versos; no, no hago versos, pero el poema de mi existencia te lo he dedicado.

¿ Me quieres ? Ignoro tu infancia como tú ignoras mi ayer; la supongo horriblemente negra y, á pesar de eso, no me espanta; la mía tiene, en el mismo color negro, matices más obscuros. ¿ Es necesario jurarlo por mi honor ?... Bien, lo juro. Debo poseerte. Con hojas de laurel formaré un nido en donde dor-

mirás al arrullo de mis palabras para soñar enloquecedoras fantasías de amor. En el brillo de tus ojos he adivinado toda una historia de lágrimas y quejas... y por eso te amo; los bardos árabes amaban á las mujeres de miradas húmedas.

¿Me quieres? Afírmalo. Yo debo creer en algo: la existencia del escéptico es una cadena continua de adversidades. Ignoro si eres el ángel con quien soñé la primera noche de mi adolescencia (noche inolvidable de caricias y besos), pero sé que ese ángel se llamaba *María*.

Tu cabellera dejará en la blancura de mi frente rumorosos ósculos de seda y mis labios ansían besar la seda. La seda de tu cabello debió ser el único traje de las diosas antiguas. Amame como amaban las nobles dogaresas venecianas, como amaban en tiempo de los Valois las risueñas mujeres del Sena. Yo seré tu valeroso caballero.

Aprende de memoria una página del «Infierno» para recitármela en las insomnes noches de verano. Yo te contaré la morisca brutalidad de Otelo ó la locura de Hamlet y tú me amarás como Desdémona y Ofelia.

¿Te agradan las historias orientales? A mí me enseñó muchas un sabio anacoreta tibetano; la más hermosa es la leyenda del Ganges.

Escucha; es así... No, primero háblame: que tu voz infantil resuene en mis oídos con el són metálico de un cascabel de plata.

¿Me quieres? Mi lema es el lema de los antiguos luchadores y mi escudo una vieja armadura de bronce con incrustaciones de marfil. Lo he usado muchas veces sin quebrarlo, y mis enemigos han sido formidables: uno de ellos con garras de acero. No he estado solo nunca. La Desgracia ha sido mi querida; es una mujer pálida y triste con dos ojeras profundas y negras como dos sepulcros. Yo he besado mil veces sus labios; tienen un sabor acre deliciosamente amargo. Ahora deseo besar los tuyos, quiero las delicias de ese ósculo sublime; mis labios al posarse en ellos engendrarán un rumor semejante al que produce, deslizándose sobre las aguas, el aterciopelado plumaje de un cisne blanco. Y ese rumor sonará en mis oídos como las primeras notas de una marcha nupcial melodiosamente armónica...

¿Me quieres? En el País del Ensueño tengo un palacio azul. Allí espera mi lecho el contacto ebúrneo de tu cuerpo gentil. Allí te narraré el enigma de mi vida anterior (sonrisas y lágrimas, pasiones y odios)...

La noche de tu negra cabellera circundará mi frente como un pensamiento siniestro y tus

ojos brillarán como soles en la blancura inmaculada de tu rostro.

¿Me quieres? Ven. Una góndola hechizada te llevará al retiro de mi palacio azul y el remero, viejo eunuco de mi harén desierto, te cantará en el viaje con alma de poeta y arrullos marternales...

Y en medio de una pompa wagneriana, donde hay también sollozos de Mozart y preludios de Beethoven, mi alnia ve descender á María escoltada por enormes nubes de ópalo.

¡BUENOS DÍAS, SU SEÑORÍA!...



¡Buenos días, Su Señoría!...

Las puertas de la clase se abrieron de par en par. Y los niños, como una bandada de mariposas que hubiese estado prisionera en una cárcel de cristal, se precipitaron hacia el patio de recreo, felices, contentos, elevando al cielo la alegría de sus risas frenéticas y el delicioso cuchicheo de sus gargantas metálicas. Aun quedaban algunos, los más rezagados, de pie sobre la frialdad del umbral marmóreo, mirando desde allí á sus compañeros que correteaban por el jardín, perdiéndose entre los macizos de las lilas en flor, donde el sol dejaba caprichosos besos de luz blonda.

Eran uno, dos, cuatro, diez... ¡quién sabe cuántos! Caminaban, corrían, volaban. Reuníanse en pequeños grupos animados por el deseo único de divertirse é impulsados por la magnificencia de sus imaginaciones fecundas, inventaban juegos nuevos ó ejecutaban juegos antiguos. Reían. Y su risa era como el in-

menso placer de la Vida manifestado por la incoherencia de sus palabras espontáneas.

Sobre el mosaico multicolor del pavimento, sus peonzas ejecutaban danzas inverosímiles y las bolitas y los discos, en fantásticas correrías, atravesaban el patio en todas direcciones, precediendo á los discóbolos infantiles. La paloma del volante describía en los aires parábolas de blancura, mientras las muñecas de cera, en manos de las niñas, cerraban sus ojos de vidrio con gestos que serían ridículos si no los protegiera la credulidad pueril.

En los corredores, bajo las lilas en flor, sobre el reborde de los arriates verdeantes de musgo y enredaderas, los niños se agrupaban en deliciosos corrillos alegremente parleros. Algunos, reunidos en un ángulo del patio, decían canciones conocidas que brotaban de sus boquitas como manantiales inagotables de ternura y amor.

—*Buenos días, su señoría Mantantirurirulá...*

Y mientras los chicuelos cantaban, la maestra, acongojada por la angustia de su dolor reciente, miraba desde la ventana entreabierta de la clase el paisaje lejano que se ocultaba entre velos de místicas melancolías. Y para ella el sol fecundo era como un enorme dios abdicante que iba á agonizar en un

lecho de nubes opalinas, más allá de los horizontes y de los cielos, en una tierra incognoscible y poética, pero real.

—*¿Qué quería su señoría, Mantantirurirulá?...*

Y mientras el grupo de niños se dividía en dos, y el menos numeroso llegaba hasta el otro para pedir el compañero deseado, siguiendo al pie de la letra las palabras del antiguo juego, la maestra evocaba el recuerdo de su hijita predilecta, de aquella hijita predilecta y morena que había sido injusta y eternamente robada á su cariño. ¿Por qué? ¿No eran más dulces los besos maternos que los celestes coros cuyas voces ella estaría oyendo en un mundo lejano, pero real, en donde el sol abdicante se acostaba sobre nubes opalinas? Y la garganta de la maestra dejó escapar un suspiro profundo y doloroso, en tanto que los niños seguían cantando palabras de miel.

—*¡Yo quería una de sus hijas, Mantantirurirulá!...*

El pequeño grupo alegraba el ambiente con la alegría de su risa frenética. Los niños reían, reían locamente, porque un compañero del grupo opuesto había sido tocado en la mejilla por la paloma mal dirigida de un volante lejano. Y su risa era cruel, ante el dolor de la madre enlutada, que recordando la

agonía de su hijita predilecta y morena, lloraba dolorosas lágrimas de angustia mientras dirigía al cielo su plegaria y su reproche.

—*¿Y cuál de ellas quiere usted, Mantantirurirulá?...*

Y los colegiales continuaban riendo. Reían, porque Juanito al pisar la cinta de su zapato cayó al suelo como un arlequín ebrio. ¡Qué lindo era ver á Juanito caído en el suelo como un arlequín ebrio! Sus compañeros, interrumpiendo un instante el juego, se precipitaron sobre él para no dejarle levantar. Y todos corrían, se empujaban, combinando sus esfuerzos inútiles para martirizarle, mientras á un paso de ellos, en el alféizar de la ventana, la maestra contemplaba la escena, que se hacía luminosa, mirada á través de sus ojos arrasados en llanto. «¡Ah, si mi hijita estuviera entre ellos también! Si yo la viese atravesar el patio corriendo locamente para defender al caído... Señor, eres injusto, injusto...»

Sus palabras fueron ahogadas por el coro de los niños que, reunidos de nuevo, comenzaban á cantar.

—*Yo quería á Margarita, Mantantirurirulá...*

El nombre de la pequeñuela trajo á su mente evocaciones dolorosísimas. También su

hija morena y predilecta se llamó Margarita. ¿Por qué los niños ahondaban inocentemente su congoja recordando un nombre que no debió ser pronunciado jamás después de la muerte de su hijita? ¡Ah! es que ellos ya habían olvidado á la compañera débil y fina que les contaba cuentos de hadas y les tejía encajes para cubrir la cera opaca de sus muñecas. ¡Margarita era tan buena!...

—¿Y qué oficio le daremos, Mantantirurirulá?...

Y la mente de la madre entristecida se iluminó con la visión del porvenir que había deseado para su niña amada.

La hubiera hecho ingresar á una academia de artes, á ella que tenía un alma sensible para todas las bellezas. Y la niña habría obtenido triunfos merecidos porque su inteligencia era capaz de dar vida á las concepciones más difíciles. ¡Y cómo hablaría de ella la humanidad futura cuando contemplase, en el mármol ó en la tela, su pensamiento profundo manifestado en la belleza de la forma impecable!...

La alegría de los niños del grupo estalló en una nueva carcajada, y momentos después continuaron cantando.

—La pondremos de modista, Mantantirurirulá...

No; la pequeña Margarita no hubiera sido modista nunca. La pequeña hubiera llegado á ser esposa de un poeta capaz de cantarle versos armoniosos bajo la luminosa calma de las tardes de enero, cuando el sol declina, opalizando nubes, en firmamentos de violetas y zafiros, y los cisnes tienden sus cuellos de nieve desde la plata crespa de los lagos propicios.

—*Ese oficio no le agrada, Mantantirurirulá...*

¡Sí! Margarita hubiese escuchado los versos del poeta con devoción mística. Y en la frase pulida, como un jarrón de Oriente, y en la cadencia de rimas de oro puestas en uso por el bardo amante, el fuego de una pasión inextinguible y las palpitaciones de un alma, le hubiesen pertenecido como los peces de sus estanques y las glicinas de sus glorietas.

—*La pondremos de princesa, Mantantirurirulá...*

La maestra enlutada tuvo una visión mágica: su hijita paseaba del brazo de un príncipe extranjero. Las damas de corte la saludaban inclinando ante ella sus cuerpos aprisionados en la rigidez de los corpiños Luis XV, y pequeños pajes rubios, de belleza seráfica, arrojaban flores simbólicas sobre la alfombra purpúrea que cubría las gradas

de soberbias escalinatas. Melodías de pianos y violines... Y allá, á lo lejos, un rey benévolo y anciano que llamaba á la princesa diciéndole: «Hija mía»...

—*Ese oficio sí le agrada, Mantantirurirulá...*

Y la princesa subía las escalinatas de mármoles y pórfidos, y conducida por su esposo, el príncipe, llegaba hasta el trono de púrpura, donde acariciaba su cabeza altiva el oro labrado de una corona regia... Y las damas de corte, cambiando miradas de envidia, decían en voz alta: «Su majestad, la bella Margarita» y los caballeros de las más nobles casas sentían inflamarse sus corazones de ternura y amor.

—*Pues daremos la vuelta entera, Mantantirurirulá...*

Y la maestra, volviendo de su ensueño, sintió en su alma como un torcedor el acrecentamiento de su angustia infinita. Entonces, abandonando la clase, quiso cruzar el patio para ir á su alcoba de solitaria; pero los niños, separados por la terminación del juego, la rodearon cariñosamente...

Y aquella madre—pobre madre adolorida—no pudo balbucir más que una palabra enfrente de sus discípulos que la miraban asombrados:

—*¡Mantantirurirulá!...*

Los niños le tomaron las manos para besárselas, pero no vieron que de sus ojos descendían gruesas lágrimas. Todos á su lado... todos con ella... ¿Y Margarita?...

En el cielo el sol fué cubierto por una nube de tormenta y algunas lilas se deshojaron oportunamente...

¿Lloraban?...

CITA FANTÁSTICA

Cita fantástica

El poeta ascendía solo la pequeña escalinata del Museo, sin fijarse en la arrogante mirada de los leones del pórtico, por responder al saludo familiar del afable portero. Una vez en el recinto, apareció ante sus ojos el óleo de la india que desde una de las paredes del vestíbulo muestra desnudo su cuerpo armonicso, haciendo pensar que entre los incas debió de creerse en las sirenas. Y el poeta, contemplándola breves instantes, evocó el recuerdo de su querida á quien esperaba en el museo. Pensó en Raquel, no vista desde las veladas del palacio de Quilmes, cuando él leía algún poeta favorito, mientras ella, pendiente de sus labios, sentía en su espíritu la aparición de facultades nuevas. ¡Ah! ¡cómo interpretaba en aquella época las odas de Anacreonte y cómo comprendía que no eran superiores á la intensidad de sus deseos ni á las explosiones de sus ansias!

«¿Quién ha grabado el Ponto?
¿qué artífice atrevido
las olas de los mares
grabó sobre este disco?»

Para su amada se habían escrito aquellos versos: ella era la Venus burilándose sobre su corazón ardoroso como en una medalla, y él en sus odas le daría una inmortalidad más viviente que la del oro. ¡Qué dicha! ¡Soñar que á través de las edades la Humanidad sentiría palpitar en sus poemas de fuego una alma que Raquel había puesto en sus manos, como si fuera una paloma blanca y dócil!

El poeta, animado ante su evocación, caminaba por los corredores del Museo, como si cada objeto fuera un recuerdo latente que le hablase de su amante. Llegó á la sala de curiosidades indígenas. Toda la civilización americana brillaba muda y fría como los cristales: de ellos se había ido el sol y de ella el alma.

A un lado y á otro, coronas, brazaletes, pulseras, revelaban la existencia de una aristocracia elegante, que tiene por historia leyendas metamorfoseadas.

Y entonces recordó las palabras que un día lejanísimo le dijera Raquel en ese mis-

mo sitio y el ardoroso diálogo que tuvieron en el amplio salón de la América pre-colombina.

—¿Qué harías tú si yo fuese una reina india que desease tu cabellera para formarme una peluca?

—Pondría á tus pies mis cabellos y mis manos y me arrancaría los dientes para dar perlas á tus anillos.

—¿Y si yo deseara una corona?

—Te ofrecería mis versos pulidos y brillantes como las ágatas.

En tanto, Raquel no llegaba. Dejábale abandonado á sus recuerdos, se apoderaba de su cuerpo todo una gran laxitud, y fué á sentarse en uno de los bancos de la sala. A su frente, á través de las vidrieras, los esqueletos de los indios aparecían inmóviles y á su derecha algunos encajes incásicos le contaban en idioma extraño las aventuras de sus tejedoras.

Después de una espera, que se le antojó larguísima, sus párpados cayeron blandamente. Las figuras se esfumaron, huyendo: se había dormido.

Entonces, poco á poco, entre los velos del sueño, su pensamiento despierta á nueva vida á través de las edades. He aquí lo que ve: se encuentra en una ciudad ruinosa de la an-

tigua América. Sus oídos escuchan el canto de una quena, y sus ojos cerrados ven aparecer en el quimérico paisaje, una visión femenina que atraviesa una necrópolis indígena y trae el recuerdo vibrante de la existencia.

—¡Raquel!...

No se detiene; imperturbable, continúa avanzando. El la mira erguirse; viene á su encuentro y percibe en sus ojos el ardor de la fiebre. Entonces piensa: ¿Por qué no poseerla aquí mismo, junto á la América extinguida, en este ambiente de muerte que aguza en el espíritu la avidez de la dicha y en las entrañas del ser desencadena el deseo? ¡Cuán extraña sensación la de despertar á los viejos esqueletos con un soplo de amorosa vida! ¡Qué malsana tentación la de querer profanar la augusta majestad del reposo! ¿Por qué nace en él y crece fulminante y lo domina imperiosamente la mórbida tentación de ese deseo macabro? Nadie responde á su pregunta, pero oye una voz:

—Poeta, tu rostro está pálido y transparente como el pétalo de una flor desconocida. Abandonemos la necrópolis y lejos de estas tumbas pensemos en la dicha.

Pero la voz de Raquel dice otra cosa. Vi-

bra sin quererlo con la fiebre, que extraña arde en sus pupilas. Sus labios se ofrecen húmedos; sus dientes se golpean erizados; en su íntima substancia, inconscientemente también, se agita la tentación de un beso voluptuoso sobre un lecho de coronas y cabelleras de emperatrices muertas. Sin embargo, un tierno pensamiento la inmoviliza: engendrar un hijo en ese ambiente doloroso le causa terror. La flor de su vientre transformada en fruto de pecado. Sería además criatura concebida entre sepulcros, capaz de conservar, al vivir, una tristeza hierática como si se reprochara la causa de su origen.

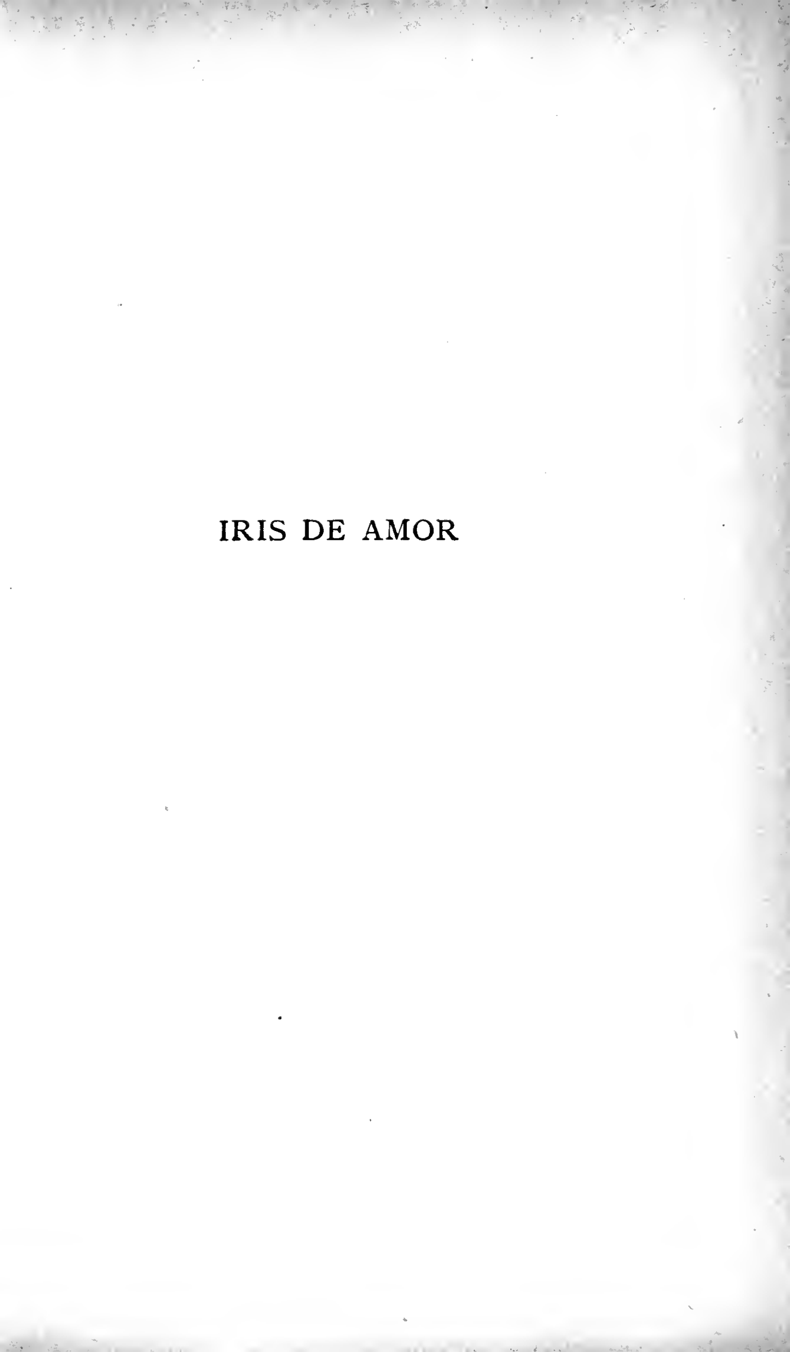
—No, no y mil veces no.

Sin embargo, á la primer caricia del amado, se siente como un eco responder en el sitio donde gemía la quena, el estallar de la flauta de Pan en canto armonioso...

En ese instante, uno de los cuidadores del Museo se dirigió hacia el poeta sacudiéndole: era tiempo de abandonar las salas.

Y éste, al salir, notó que la india del vestíbulo y los leones del pórtico le miraban, pero no les pidió que le explicasen los deseos de la vida engendrados por la muerte, sabiendo que su incomprensión de pintura y bronce equivalía á la suya de carne y hueso.

Después, y pensando en las causas que hubiese tenido Raquel para faltar á la cita real optando por la fantástica, se internó entre las callejuelas del bosque bajo la sombra amiga de los viejos eucaliptos.



IRIS DE AMOR

Iris de amor

DOMINGO: GRIS

Si el universo se desprendiera de sus ejes y volara hecho pedazos á estrellarse en el vacío, contemplaría indiferente la catástrofe. Me someto por falta de otra idea más agradable, á la mortificante filosofía escéptica. La tristeza del alma, reflejándose en el cielo, parece darle la coloración obscura de los días lluviosos. Un cuervo horrible—neurastenia—clava en mi cerebro las filosas extremidades de su pico y hunde sus garras, á manera de puñales invisibles, en el corazón enfermo de fastidio. Escribo. Quisiera hacer constar mi ausencia absoluta de deseos y mi incredulidad acerca del porvenir. Ojalá pudiera ser fatalista y con sonrisa musulmana decir á ese monstruo que se llama Infortunio, cada vez que me acariciara: «No me quejo de tus caprichos; había previsto mi suerte porque es-

taba escrita». Desearía romper las ataduras de la vida. Pienso en Otelo y, sin quererlo, suenan en mis oídos las fatídicas palabras de Rodrigo: «Locura es la vida cuando la vida es el dolor; la muerte es la mejor medicina de un ánimo enfermo». ¡Horror! En la fuga precipitada se dejan á menudo los andrajos del ser. Si la esperanza—palabra vana—tuviera un átomo de realidad ¿habría sobre la superficie de la tierra cabellos blancos y rostros arrugados? ¿Entonces... el placer es una comedia? Ante la brutalidad de una respuesta afirmativa, me apresuro á contestar: «¡Oh, no! el placer existe, pero debe ser adorado en el santuario oculto de las propias almas». Filosofías... La posibilidad de la dicha me parece un absurdo y mi único amigo sincero es un puñal capaz de obedecerme. Tengo vergüenza de mí mismo.

LUNES: AZUL

Sufro la nostalgia horrible de una mirada de fuego. El dios de mi culto posee rostro y pechos de mujer, pero sus altares están en ruinas. La caricia de un beso, sobre mis labios febriles, tiene imposibilidades de quime-

ra y, sin embargo, la vida envuelta en esa caricia, me es absolutamente indispensable. Evoluciono. Las ideas de mi cerebro son menos negras y tal vez pudiera, haciendo un poderoso esfuerzo, recuperar alguna parte de la dicha perdida. La soledad es el mayor enemigo del alma. Los silencios de los gabinetes son propicios á las crisis nerviosas y hay menos distancia de las bibliotecas á las casas de salud que de un lugar cualquiera de entretenimiento mundano. Mis pesadillas son más soportables. Anoche soñé con una sirena que, abandonando el mar, llegaba hasta mi lecho para narrarme la magnífica leyenda del océano. Era una historia divinamente hermosa... Horribles despertares me la hicieron olvidar y apenas recuerdo algunos detalles de su canto de amor. Mi ánimo enfermo necesita descanso, á pesar de que también lo hastían sus ocios estériles. Deseo con ansia la luz de mañana: ¡Ah! «esa engañosa palabra *mañana* nos va llevando por días al sepulcro y la falaz lumbre del ayer ilumina al necio hasta caer en la fosa». Me impresiona profundamente el siniestro significado de esta frase. ¿Es que debo ser víctima de mis propias miserias? Criatura inmortal, virgen alada, esperad más aún, ¡pobre alma mía!

MARTES: VERDE

En mi cerebro ha nacido una flor: esperanza. De mis labios brota una palabra melodiosa, el dulce nombre de la mujer divina: Leonor. Pienso en llegar á vivir la vida real como el común de los hombres... ¡Leonor! Esta perfecta forma humana de hermosura triunfal vive en mi espíritu bajo la eterna custodia de un deseo cuya satisfacción me parece imposible. Ignoro si es un ser material, pero comprendo la absoluta necesidad de hacerlo mío, y dejar en sus labios, donde brota todo el sensualismo de un Ovidio, la caricia de mis besos eternos. Ella parece arder bajo la fingida indiferencia de su rostro enigmático en idénticos deseos, pero su recato de virgen borra de sus miradas hasta los menores fundamentos de mi creencia. Esta mañana he sentido casi tanto como el mismo autor, *Las Noches*, de Musset. Ya no me fastidia la música de Chopin: ese pobre enfermo, otras veces tan odiado, tiene el secreto de entusiasmarme y tal vez, pasando el tiempo, le levante una estatua en el país de mis delirios. Yo no puedo haber dicho nunca que la existencia es dolorosa como una noche de

duelo. Todas las sensaciones dependen de nosotros mismos ¿y por qué hemos de sufrir á la entrada de un círculo dantesco cuando sabemos que ese círculo sólo existía en la imaginación del poeta? Todas las horas no pueden ser iguales. Ahora comprendo la belleza de las tardes y sospecho por qué en esos momentos se pueblan de sombras los cerebros de las vírgenes y las pupilas se cubren de lágrimas. Ya no me martiriza la palabra *mañana*.

MIÉRCOLES: ROSADO

Leonor, Leonor, tu corazón es mío. ¿Al abrazarme no imaginas el indecible secreto de la dicha? Cuando de nuestros labios unidos se desprende en raudo vuelo la esencia del alma única ¿no presientes la sublime realización de la vida ideal? Tus besos son dulces y sobre la negrura de tus trenzas mi mente forja pensamientos rosados de infancia y amor. Mi cabeza descansaría más blandamente sobre el calor de tus pechos mórbidos que sobre el frío de mi rígido puñal y la música de tus palabras, murmurada en mis oídos, sería más dulce que la música melan-

cólica del admirable enfermo. Sin embargo, noto que todavía me pertenezco. Quiero entregarte mi espíritu como tú me has entregado el tuyo. Eres mía, Leonor, hoy y siempre.

JUEVES: ROSADO

Ebria de amor mi alma de poeta ha caído á tus pies. Gloria á ti, inmaculada reina de mi mundo interior. Coloco una rosa en el mármol de tu altar y escribo una página de mi vida en el libro abierto de la tuya. La luz de tus ojos ilumina mis tinieblas, haciendo surgir en el fondo inescrutado de mi fe un ídolo completamente nuevo. Tú has tocado un arpa armoniosa y al són de sus notas he dicho el himno maravilloso de la Felicidad. ¡Bendito sea Alfredo de Musset! El hombre, cuanto más ama, más se parece á Dios. El único modo de llegar á la dicha absoluta es uniendo nuestro espíritu al del ser elegido. El poema más armonioso que han admirado los hombres es el *Cantar de los Cantares:* se antoja resonar al pie de un templo cuyas columnas las forman todos los amores de las generaciones pasadas. ¿Me comprendes, Leonor? La palabra *fin,* como término fatal de

los actos humanos, ha desaparecido de nuestro extraño vocabulario. Las afinidades secretas de tu alma y de la mía serán ante Dios y ante los hombres completamente indestructibles. ¿Es necesario jurarlo? Me posees, virgen mía, me posees.

VIERNES: PUNZÓ

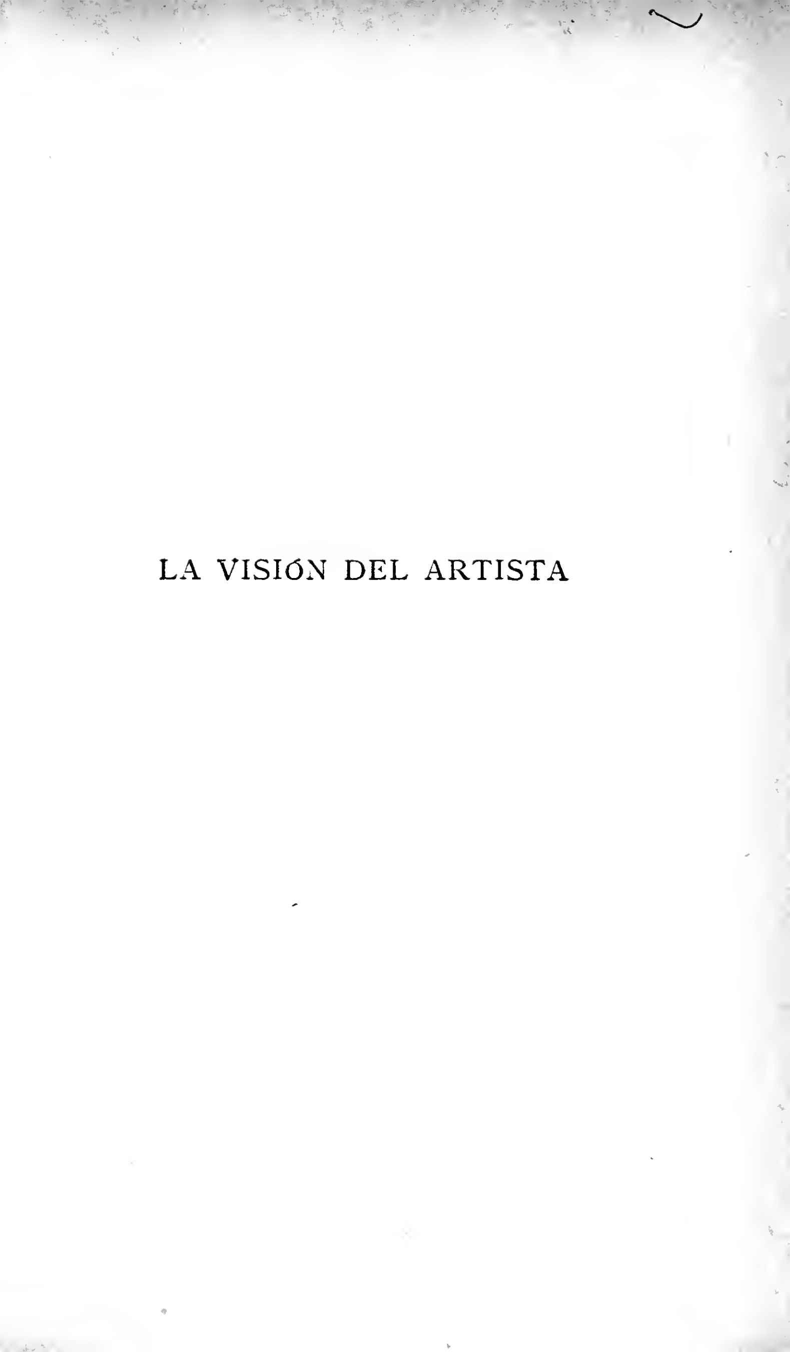
Nuestros cuerpos han profanado un lecho. ¿Comprendes, Leonor, por qué la novia ideal deja de serlo? Los besos que en el desposorio de las almas llegan á ser casi luminosos, en la unión de los cuerpos saben á desagrados de reproche. Soy pecador, pero... Minerva es más casta que Venus... sin embargo, yo adoro á la madre de Eros.

SÁBADO: INDEFINIDO

Tenías razón, Leonor. Hasta en las más insignificantes cuestiones humanas lo finito es la ley del universo. Nos hemos amado hasta poseernos, y después... perdóname; he nacido hombre. ¿La música de Chopin no te parece infantil? Musset debió ser poeta á

los quince años. El único cerebro verdaderamente vigoroso es el de Enrique Heine, que mezcló al beso la carcajada: en Olimpo y Parnaso triunfa la risa. Leonor, ríe, ríe hasta morir, y en el supremo instante, á los umbrales de la muerte, maldice á los hombres, á los hijos de los hombres y, sobre todo, á mí.

¡Domingo: gris; lunes: azul; martes: verde!... Renuevo. Repetición. ¡Monotonía!



LA VISIÓN DEL ARTISTA

La visión del artista

Es hora de soñar... Mientras palidece la luz de mi lámpara y una tenue penumbra rodea los objetos de mi gabinete de estudio, escucho atento, allá debajo de los balcones, las armoniosas notas de un arpa arrancadas por diminutas manos de princesa: *Chi t'ha baciato il labbro porporino...* «¡Cavallería!...» Ebrio de gozo me abandono por completo á mis propias ideas, abstraído en enloquecedoras fantasías.

Los últimos acordes de la ópera llegan á mis oídos y un sueño suave, que antójase caricia de mariposa al aterciopelado pétalo de un lirio, hace caer sobre mi dilatada pupila el párpado cansado. Todavía, en duermevela, siento vibrar melodiosas cuerdas de oro, que evocan en mi mente un concierto de hadas reunidas por inspiración divina para celebrar el triunfo de la poesía. Divago...

El silencio de la noche, que encierra en su

seno la enorme respiración del universo dormido, tiene algo de imponente y misterioso. Parece que ocultara bajo su enigma indescifrable formas que la mente joven desea tornar á una imposible realidad: almas de los seres que fueron, ilusiones de ayer, visiones de gloria: todo cuanto de triste guarda el recuerdo y de sublime la esperanza, adquiere la efímera existencia que le presta la idea. Idea voluble, ¿por qué no eres de mármol?

Auméntase el silencio y continúa mi vagabundeo. En uno de los ángulos de mi habitación prodúcese un ruido extraño que fija mi mirada en los objetos cercanos. «La Bacante», copia fiel del grupo escultórico de Verneille, permanece en inmovilidad absoluta, con su pierna derecha apoyada en la enorme cerviz del macho cabrío y la izquierda sobre la peana de madera que la sostiene. Con esa mujer de perfecta hermosura he soñado despierto muchos días. En mi infancia, creyéndola una virgen, contemplaba su rostro con respeto, pero más tarde, en la juventud, al admirar sus formas y descubrir bajo la fuga ondulada de sus coquetas curvas la fuente de un placer ignorado, he sufrido en su presencia verdaderos estremecimientos de pasión. Hubiera deseado una vez sola beber el falerno ardiente que contuvo la copa

de su diestra y después, en monstruoso idilio con la bella, entonar á su dios ¡excelso Baco! himnos de amor sublime.

Un nuevo ruido, ahora semejante á una voz de ultratumba, distrae mi atención y escucho. En animado diálogo, el mármol de la escultura y la madera de la peana narran sus cuitas: acentos de la eterna rebelión de las canteras y los bosques.

Habla el mármol:

«Maldito sea el arte. Si él no existiese, seguiría viviendo en el obscuro seno de los montes y sorprendería como antaño los secretos de la tierra. Yo he oído el lenguaje de los gnomos y sobre las aristas de mi bloque sus pies pusieron ágiles caricias en sus extrañas danzas. Hécate, que descubierta por los medrosos dogos, huía despavorida á sus cavernas, más de una hora meditó su venganza, de pie, sobre mi pedestal de nieve. Me he llamado Misterio. Ante mí titubeó Edipo y poetizó Homero. Soy esfinge y poema. Observo el Universo, pero escondo en mi seno de mil años el enigma inviolable de sus leyes. El hombre, torpe ó sabio, invocando el arte, me arrancó de mi lecho secular y, deseoso de inquirir mi arcano, usó del tormento para obligarme á hablar; pero á los rudos golpes de su martillo férreo he contestado invariable-

mente: Ciego, para ti, mi aurora es una noche. Maldito seas, hijo de Caín.»

—«Diosa, mujer, fantasma, huye de mí; no ultrajes mi soberbia con esos pies de mármol que posas en mi frente: Yo soy el soberano de la selva. He perfumado el aliento del olímpico robador de Europa, el estupendo toro de la pupila azul. A la sombra indecisa de mis ramas han descansado criaturas inmortales: Amarilis y Bato, Galatea y Polifemo. Lágrimas de Beatriz han fertilizado la tierra que me vió nacer y sonrisas de Angélica contemplaron mis corolas. Notas del arpa de Fray Luis han gemido en mis hojas y una corona de mis flores escuchó la confesión de una amante moribunda á su adorado, pero la mantendrá eternamente en secreto: «Llevo á la tumba el pesar de no haber sido tuya». (¡Dulces palabras de americanos labios!)

El alma de la estatua:

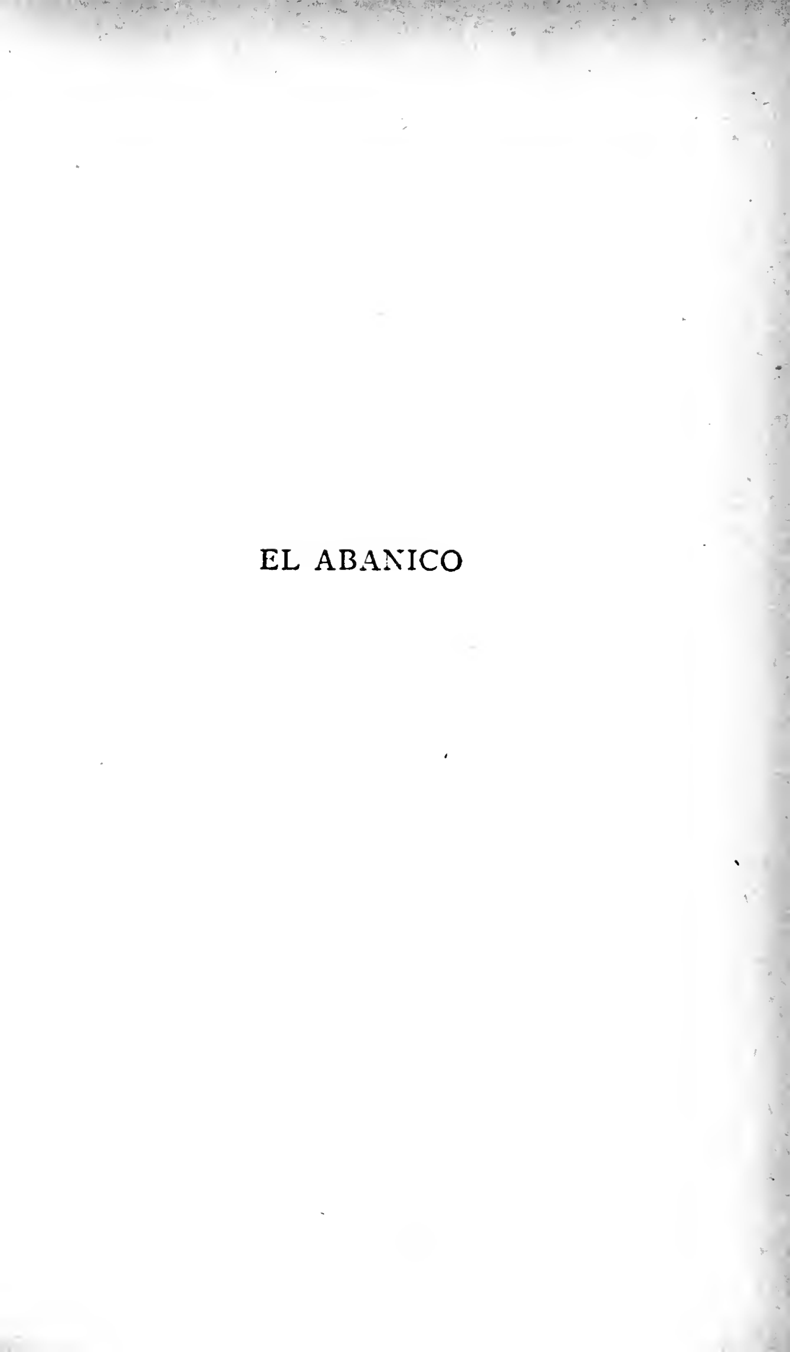
«Callad en el acto, blasfemo; no turbéis como el mármol, con inútiles lamentos, el sueño de Verneille.»

Asombrado de lo que acabo de oir, miro con mayor atención el grupo escultórico, pero entre él y mis ojos elévase una especie de nube exageradamente blanca, y flotando en sus velos, abrazado á una Fama gigantesca, alcanzo á ver la imagen del artista,

¿En realidad, soñaría Verneille alguna vez con esa escena?... Imposible es saberlo.

Medito un momento sobre todo lo pasado en la hora de delirio y confundido, trémulo, cierro violentamente las ventanas, por las cuales, en armoniosísimas cadencias, penetran aún varias notas de la ópera predilecta, repetida cien veces en la noche por la graciosa princesa de diminutas manos.

De nuevo el sueño embarga mis sentidos, y esta vez las almas de los seres que fueron, las ilusiones de ayer y mis visiones de gloria se hunden para siempre en la misteriosa sombra del espacio.



EL ABANICO

El abanico

Bajo la eterna custodia de la vitrina duerme su sueño de nácar desde los primeros años del siglo pasado. Sus varillas guardan, semiborrado, el monograma de un nombre ilustre y en las sutilidades de la tela se distingue todavía el alma de un pintor divino condensada en las tenues líneas del paisaje.

Su historia es la de casi todos los abanicos de mujeres coquetas: fué regalo del amante predilecto la noche inolvidable del primer beso; defendió el rostro de su dueña de la caricia abrasadora del sol de julio, y recogiendo en sus pliegues la brisa de las tardes primaverales la arrojó, para perfumarla, en los cabellos rubios de la dama. Fué humedecido por lágrimas de duelo y besado con ansia en los momentos supremos de las evocaciones amorosas. El conoce el secreto de los dormitorios femeninos, pero conserva su misterio impenetrable ante las miradas curiosas de los

profanos: le está prohibido revelar su enigma. Tiene conciencia clara de su importancia y del valor exagerado que le atribuyen las coquetas.

Imagínase que si pudiese hablar sería presuntuoso y resumiría su objeto en frases simbólicas: «Soy, como complemento de belleza, una metamorfosis del cinturón de Venus y mi recuerdo sugiere ensueños lascivos en los cerebros de las vírgenes dormidas. Mis iguales han acariciado los rostros de las mujeres más poderosas. Testigos: María Antonieta y Catalina II».

Sus varillas, en las que ya se nota la acción destructora del tiempo, han perdido, á fuerza de girar alrededor del eje de plata, la agilidad de los primeros días y en la tela apenas se distingue, en un ocaso lejano, una escena de amor: Dos amantes cruzan entre ellos, por detrás de una columna, tiernas miradas de reproche y mientras ella, con puntadas equívocas, borda una mayúscula sobre la seda del pañuelo, él ejecuta en el sonoro violín una sonata. Se diría que de sus labios trémulos brotan al són de las notas, divinamente armónicas, enamoradas frases de Romeo:

«Que el sueño descienda sobre tus ojos y la paz á tu seno. ¡Ah! ¡Quién me diera ser el sueño para gozar de la paz de tan dulce reposo!»

La dama, continuando su tarea, bebe el ardiente torbellino de sus palabras y parece próxima á estallar en un *te amo*, cuando inmoviliza la voz en su garganta la súbita aparición del venerable abuelo. A lo lejos, ilumínase el paisaje con el incendio del crepúsculo, mientras por el oriente comienzan á aparecer las primeras sombras de la noche. Invade el jardín una tranquilidad mística y desde las almas de los tres seres elévase hasta el cielo una oración cristiana.

Pienso en las dulces reconciliaciones de las almas jóvenes, y sin temor de ofender con una cita pagana la gracilidad aristocrática del abanico murmuro entre dientes las primeras palabras de una oda de Horacio: *Donec gratus eram tibi...* Y la cita trae á mi espíritu, con efluvios del pasado, raudales de recuerdos. Se me dibuja el paisaje de una tarde, hoy lejana, y flotando en su ambiente la ideal compañera de los años felices, rubia y pálida. Toda infancia tiene en sí mucho de adorable y todo mortal, Dante ó Tasso, ama Beatrices ó Leonores.

Mi evocación, transformándose en ensueño, continúa. Siento sobre el borde de mi párpado la caricia de un beso; y en mis oídos, rumorosos ecos de una voz armoniosa cantan himnos que podrían ser plegarias, que podrían ser lamentos de Heloísa.

Auméntase el ensueño y, ahora completamente dormido, recuerdo haber contemplado, momentos antes, una escena de amor sobre la tela de un abanico antiguo, pero mi imaginación, ávida de felicidad completa, suprime al abuelo. Los dos jóvenes, sin que personas extrañas interrumpan su idilio, pueden hablarse á su albedrío; y el caballero, orgulloso en presencia de otro hombre, olvida, estando á solas, sus escrúpulos para caer de rodillas á los pies de la dama. La reconciliación está hecha.

Un estremecimiento de placer me sacude, pero antes de abrir los ojos pienso ofrecer á la bella un ramillete de rosas fragantes... Despierto, y los fantásticos personajes de mi sueño, en la quietud abrumadora de las cosas inanimadas, permanecen inmóviles sobre el paisaje sedoso del abanico.

La vida de la tela ha desaparecido y sólo queda—admirable motivo para un soneto galante,—bajo la eterna custodia de la vitrina, un adorno femenino, que acaso haya pertenecido á una princesa cuyo amante, en reconciliación tardía, besó sus ojos sin luz y sus mejillas sin color y sus labios helados.

UNA TAZA DE TÉ

Una taza de té

A corazones heridos,
sombra y silencio

BALZAC.

Ante el líquido rubio y humeante pienso en el país productor de la planta, y por asociación de ideas casi inconsciente recuerdo las elevadas doctrinas morales del gran filósofo oriental. Imagino á Confucio, sentado sobre sus tobillos, bebiendo á plácidos sorbos una taza de té, mientras explica á sus discípulos las admirables teorías del mutuo amor.

La visión, menos hierática que ridícula, me encanta, pero temiendo, al forjarla, haber cometido una profanación, la rechazo; y el espíritu, cansado de su fuga á épocas tan lejanas, se posa fatigado en el borde brillante de la taza.

El licor, que parece hervir todavía, ha tomado una coloración más obscura, aunque permite ver en el fondo del recipiente una

cantidad no disuelta de azúcar en polvo. Dijérase el escaso sedimento de una alma joven, que por pertenecer á la de una doncella fuera menos opaco. Agito el líquido con la cuchara y desaparece por completo... Delia, Clelia, Lelia ¿por qué no agitáis vuestras almas con cucharillas mágicas?

Los nombres pronunciados traen consigo la representación perfecta de algún ser real, y en el fondo de la taza una mujer rubia y pálida se dibuja, como evocada por los maravillosos genios de *Las mil y una noches*. Mira con fulgores de idea y en sus pupilas revela ansias supremas de lo incognoscible. Multitud de palabras dulces, sin voz, hacen esfuerzos heroicos en sus labios por palpitar vivientes. Después cruza sobre el pecho las manos, donde duermen ademanes increados, que, manifestándose al contacto del marfil de las teclas, se traducirían en una sonata de Beethoven. Y mi alma se dirige á la virgen pálida: Yo puedo hacer flotar ante tus ojos, clara y distinta la visión de lo infinito. ¿Me aceptas por esposo?

La bella palidece más aún, pero sonriendo responde:

—«¿Te atreverías á enseñarme tu Misterio y el secreto de la Vida?»

Me arrepiento de haber iniciado semejante

conversación con quien desea mirar las desnudeces de mi alma, pero sacudiendo mi turbación, continúo:

—Mi Misterio ante tus ojos es impenetrable... mas puedo enseñarte el culto secreto del Ser y colmar tus ansias de Infinito. Yo mitigaría tu sed de lo Ignoto con una sola de mis palabras, porque he comprendido, antes de hablarte, la complicada trama de tus deseos, pero no consentiré jamás en revelarte mi Enigma. Difícilmente podremos ser amigos: apenas te conozco y ya exiges de mí el más espantoso de los sacrificios.

La virgen desaparece un instante de su imposible mansión, pero después, tomando formas tan reales que casi podrían ser corpóreas, viene de nuevo á ocupar su sitio. Ahora lleva sobre sus bucles una guirnalda de camelias rojas como cuajarones de sangre. Pienso en la fantasía de enrojecer aún más esas flores con la savia de las venas de un Petronio, pero comprendo, con disgusto, la absoluta imposibilidad de mi quimera.

La bella, con mayor insistencia esta vez, interroga mi Misterio y el alma; desconfiando de mí, se repliega temerosa en el más recóndito átomo de sí misma. Cree verse desnuda ante las miradas brutales de un ser desconocido, y como lo haría una colegiala casi

núbil en idéntico caso, me dice á gritos: «Protégeme; una mirada es suficiente para extinguir mi aliento».

Resuelvo entonces rechazar con energía las indiscretas preguntas de la Virgen, aunque ello exija de mi voluntad un esfuerzo suprahumano, y á una nueva interrogación contesto bruscamente:

—El Misterio de mi alma será para ti más incomprensible que la idea de la divinidad, porque en el fondo de mi ser su esencia tiene ocultas afinidades con el Dios Unico. No lo sabrás nunca.

—«Tú me has prometido el secreto de la Vida y ahora exijo el cumplimiento de tu promesa; háblame».

El rostro de la bella, adquiriendo el gesto indefinible de la hermosura ideal, surge de relieve en el plano de la taza, bajo la transparente coloración del té. Me causa frío el sentir sobre las arrugas de mi frente la caricia de sus miradas anhelantes, y apenas puedo articular una palabra:

—¡Ama!

Entre las contracciones nerviosas de una sonrisa sarcástica, murmura la desconocida:

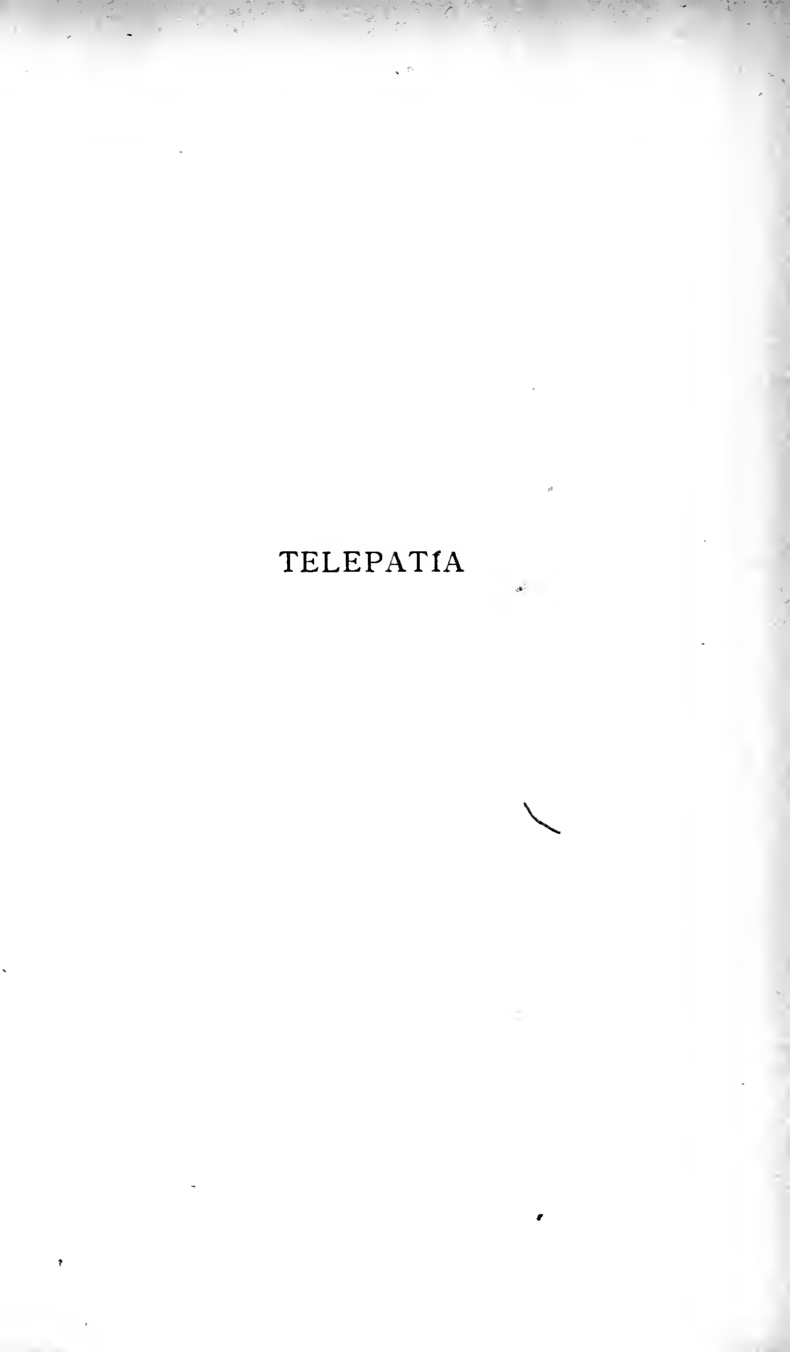
—«¡Bello ejemplar de tu raza, hombre pigmeo! Quieres dar una explicación sensata de esta existencia, cuyo misterio ignoras en

absoluto, y dices más estupideces que verdades... ¿Y la fe y la caridad y la contemplación y el ascetismo? ¿Sólo el amor es Vida?...»

Quédome absorto ante semejante contestación schopenhaueriana y balbuceo entre dientes:

—¡Perdóname, señora!

Comprendo que aquella mujer, alguna vez, ha amado con vehemencia y aún guarda el mortificante recuerdo de su felicidad en ruinas. Medito largo rato sobre la dolorosa sensación producida por las evocaciones indiscretas de los cariños muertos, y pensando con horror en mi propio pasado, casi teniendo lástima de mí mismo, bebo de un solo sorbo todo el contenido, ya frío, de la taza de té.



TELEPATÍA

Telepatía

Z., el sabio profesor de la Universidad, lo había dicho: «Si queréis desposaros con la Gloria, estudiad el mundo de lo inconsciente». Y Federico Salas, cuya imaginación inquieta lo llevaba á toda clase de investigaciones, se propuso seguir, al pie de la letra, los consejos del maestro. Leyó mucho. De día y de noche consultó libros. Desde Mesmer á Braid y desde Rochas á Feré, estudió una por una las manifestaciones del hipnotismo, de la sugestión y de toda clase de neurosis. Aprendió el italiano para leer en el idioma del original la última obra de Maluta y se hizo enseñar alemán para traducir el libro de Gumpertz: *Weber doppeltes Bewstein* (De la conciencia doble). Conocía al dedillo las dos escuelas francesas y si la de la Salpetrière le cautivaba á veces, otras era partidario de la de Nancy.

Hizo experimentos con varios sujetos usan-

do métodos distintos según el temperamento de los individuos: el objeto metálico brillante, productor del estrabismo interno, no dió resultado en un hombre robusto, y, sin embargo, por este método pudo hipnotizar á su primita clorótica.

Pero todos estos fenómenos eran harto conocidos en el mundo de las ciencias y Federico quería ir más lejos. Sus estudios sobre la materia le llevaron á conclusiones demasiado fantásticas y allá, en el fondo de su cerebro, amontonaba teoría sobre teoría sin atreverse á dar á ninguna de ellas una forma más ó menos concreta. Dudaba del éxito y, sin embargo, tenía la certeza de que existían algunos fenómenos sorprendentes.

Pensaba: «Dos seres, cuyas facultades físicas y psíquicas sean más ó menos iguales, pueden manifestarse á distancia y sin ningún medio de comunicación sus impresiones recíprocas. El cerebro del observador irradia efluvios invisibles que hieren el cerebro del sujeto, como la luz blanca la gelatina de la placa fotográfica». Pensaba más; pensaba cientos de teorías análogas á las anteriores. Pero estas eran teorías... él necesitaba la prueba empírica de ellas. He ahí la dificultad. ¿Dónde hallar una persona que se prestase á tales investigaciones? Recordó nombres y

rostros. La lista completa de sus parientes y amigos desfiló por su memoria y al fin murmuró para sí, satisfecho de su hallazgo: ¡Leonora!

En efecto, Leonora se le presentaba como el tipo ideal para tales experimentos: era joven, enfermiza y excesivamente nerviosa; su histeria heredada tenía tal vez atavismos alcohólicos y su piel blanca y seca, con asperezas casi calcáreas, denotaba una sensibilidad exagerada. Leonora, Leonora, no había más que Leonora.

Habló con ella. En quince minutos pudo convencerla de sus intenciones puramente científicas, de un mañana glorioso para ambos, de un porvenir rebosante de riquezas y de varias cosas más... y el asunto quedó arreglado en una forma cómoda para los dos. Ella iría á su gabinete dos veces por semana y él remuneraría sus servicios con un corto salario. Las sesiones empezaron. Los lunes y jueves, de tres á cinco de la tarde, se verificaban los experimentos, al principio en presencia de un crecido número de estudiantes curiosos, y luego, por convencerse éstos de la inutilidad de aquéllos, quedaron completamente solos observador y sujeto.

Conversaban poco.

—Piense usted, Leonora, en cualquier cosa.

—Ya está.

—...Bueno; usted ha pensado en el disco de ebonita de aquella máquina...

—No.

—...ó en el banquillo aislador...

—No.

—...ó en...

—No.

Las contestaciones, de abrumador laconismo, continuaban en esa forma hasta que Federico se aventuraba á decir:

—Pues entonces, ¿en qué ha pensado usted?

—¡En que no he cosido esta mañana la cinta de mi zapato!

Aquella contestación tàn estúpida, tan distinta *de lo que debía ser,* mortificaba el amor propio del estudiante.

—Bueno, decía, el jueves próximo continuaremos, pero mientras tanto piense usted mucho en una cosa cualquiera. Yo adivinaré, sí, sí, adivinaré. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Y el jueves próximo la escena era idéntica.

—¿Ha pensado usted en esto?

—No.

—¿Y en aquello?

—No.

—¿Y en lo de más allá?

—No...

El observador, sin desalentarse del todo, empezaba á desconfiar de sus teorías y Leonora, indiferente hasta entonces, se interesaba cada día más en los estudios de Federico.

Las semanas pasaban. Habían transcurrido cinco meses y la ciencia no revelaba nada nuevo.

Una tarde, calurosa tarde de diciembre, se presentó Leonora en el gabinete de la calle*** vestida con una saya crema sujeta á la cintura con un elegante corselete del mismo color. Cubría sus trenzas un fino sombrero de paja itálica adornado con gasa gris. A pesar de ser una criatura enfermiza é histérica, estaba hermosa. Bajo su corpiño palpitaban morbideces deseables y sus flancos de mujer infecunda ofrecían el mágico relieve de una cadera fina y sospechada.

—Piense usted en algo, Leonora.

—Ya está.

—Ponga usted toda su atención en lo que está pensando.

—Ya está.

Y como al hablar, su pequeña boca descolorida sonriera apenas, Federico pudo ver unos dientes iguales y blancos en los que no se había fijado nunca. Por primera vez sus labios sintieron ansias de besos ante aquella criatura endeble y delicada.

—¿Sigue usted pensando?

—Sí.

Leonora, sonriente, mirábale con mayor interés. El experimentador contemplaba absorto aquella boca sardónica é inconscientemente repetía á intervalos.

—Piense usted...

—Pienso.

Debajo de la saya crema que Leonora había recogido al sentarse se dibujaba la silueta de un pie ducal. Era un pie hermoso; tal vez lo hubiera deseado para ella Mme. Pompadour.

Federico continuaba extasiado.

—Piense usted.

—Pienso.

Una especie de vértigo se iba apoderando de ellos; el aire que los separaba parecía mucho más denso y mucho más brillantes los rayos de sol que penetraban por la ventana entreabierta. En el ambiente flotaba un perfume sensual y algo como una red impalpable aprisionaba en sus mallas á aquellos dos seres, hasta ese momento completamente ajenos á todo lo que fuera investigación científica.

—¿Piensa usted?

—Pienso.

Federico con su mano izquierda apretaba

las dos de Leonora, mientras su derecha fingía pases magnéticos en la frente, en las mejillas, en el pecho...

Estalló un beso.

Y en aquel ambiente de laboratorio, menos propicio á los ensueños que á divagaciones científicas, se unieron sus espíritus en el calor de una sola llama.

Federico estaba satisfecho. Los fenómenos telepáticos se habían cumplido resistiendo perfectamente á las exigencias de la prueba empírica. Poco tiempo después publicó un libro para anunciar al mundo la «teoría nueva»: «El cerebro del observador irradia efluvios invisibles que hieren el cerebro del sujeto como la luz blanca la gelatina de la placa fotográfica».

— —

LOS COLORES

Los colores

Se piensa que bajo la influencia de algún excitante poderoso las facultades del espíritu acrecentaran y éste, así un piano antiguo al cual se le hubiese agregado mayor número de cuerdas para aumentar el de sus sonidos, adquiere sensibilidades desconocidas, forja en el ambiente de su vida interior impresiones inauditas y desligándose de la existencia real vuela como una golondrina ciega á estrellarse en donde sospecha puede haber más luz.

Se sueña en el mundo de lo imposible, un mundo tan ameno que el alma lo busca á cada instante, aun en aquellos en que la aguda neurastenia la subyuga desplegando su velo de sombras sobre sus más vigorosas concepciones. Ese mundo quimérico suele surgir de las tazas de café, ó de los vasos de alcohol, ó de las horas de haschish. Y en esos instantes anormales los colores cantan poemas que van

á colocarse como pequeños astros sobre el alma vibratoria de los ambientes musicales.

Cruzan sobre los silencios de los gabinetes y como fantasmas de alguna leyenda desconocida procesiones de notas clásicas; notas agudas como quejido de vírgenes violadas; notas más luminosas que la pedrería de una diadema regia; notas rojas con evocaciones de mitológicos combates; recuerdos de cruzados y hugonotes; notas negras, crueles como pesadillas de culpables, y notas opacas como los ojos sin vida que miran inmóviles desde la cárcel de los ataúdes las pupilas titilantes de los astros.

Y la *blancura* de las teclas dice en idioma distinto al de la nota arrancada de la cuerda:

—«He nacido en las conciencias de las vírgenes y en las dentaduras de los elefantes. Ostento mi matiz inmaculado en las cabelleras de los abuelos venerables y supe disfrazar la edad de las marquesas en tiempo de los fastuosos reyes de Francia. Bajo la bóveda de los cielos, para engalanar el azul, finjo colosales palacios de marfil cuyas euritmias son eternos «motivos» para los trovadores melancólicos; y cuando el viento me azota, rompiéndome como un cántaro que manos brutales sacudieran con fuerza, suelo caer, en cataratas de lluvia, sobre la tierra sedienta. Vi-

vo en las diminutas manos de tu novia, poeta, y hasta diría en sus mejillas, si no supiese que de allí desaparezco por el arrebol pudoroso con que las encienden tus besos; pero aunque no te agrade, y prefieras el rojo de sus labios á mi matiz indefinido, palpito en las líneas de su nuca y en la morbidez de su garganta y en sus ebúrneos abanicos.»

Pero en el piano continúan las melodías y las notas cambian constantemente de color. Al frente de un acorde marcha una *nota roja*. Se piensa en la sangre, en la pasión y en el fuego. No es la hoguera, es el sol. Da la muerte porque es la vida. Cuando se engalana en los incendios de los ocasos se comprende las desesperaciones de los artistas, y las roturas de las paletas y los gritos de impotencia... Continúan vibrando notas rojas.

Labios: labios purpúreos y ardientes; llamas de amor condensadas en un beso, llamas de vino en el cristal de las copas y en la excitación de los cerebros. Y se piensa en los ósculos brutales que dejan sobre los pechos signos más rojos que la sangre de las frutas maduras. Savia de claveles y camelias. Puñales escarlatas cayendo de las panoplias al peso de la larga serie de sus crímenes; martirios, fiebres, mutilaciones... Y en la última vibración de la última nota roja, el rojo único de

las iras crueles, de las grandes venganzas, de las fermentaciones de los odios.

Notas negras:

Sobre el piano se ha cernido como una gran angustia que partiendo del fondo de los espejos asciende hasta los cuadros, hasta las arañas, hasta los doseles. Los decorados se esfuman entre los velos de una tristeza dolorosa. La voz de las campanas llama á muerto y cruzan por el ambiente legiones de sombras pálidas en sus congojas inefables. Se evocan féretros y capillas ardientes. La luz amarillenta de los cirios ultraja á la enigmática negrura del ataúd. Hay rumores de oraciones que tienen por alas las letras negras de misales antiguos. Y estallan voces y lamentos, cortejo del alma viajera, en que la locura parece palpitar en las puertas de la muerte.

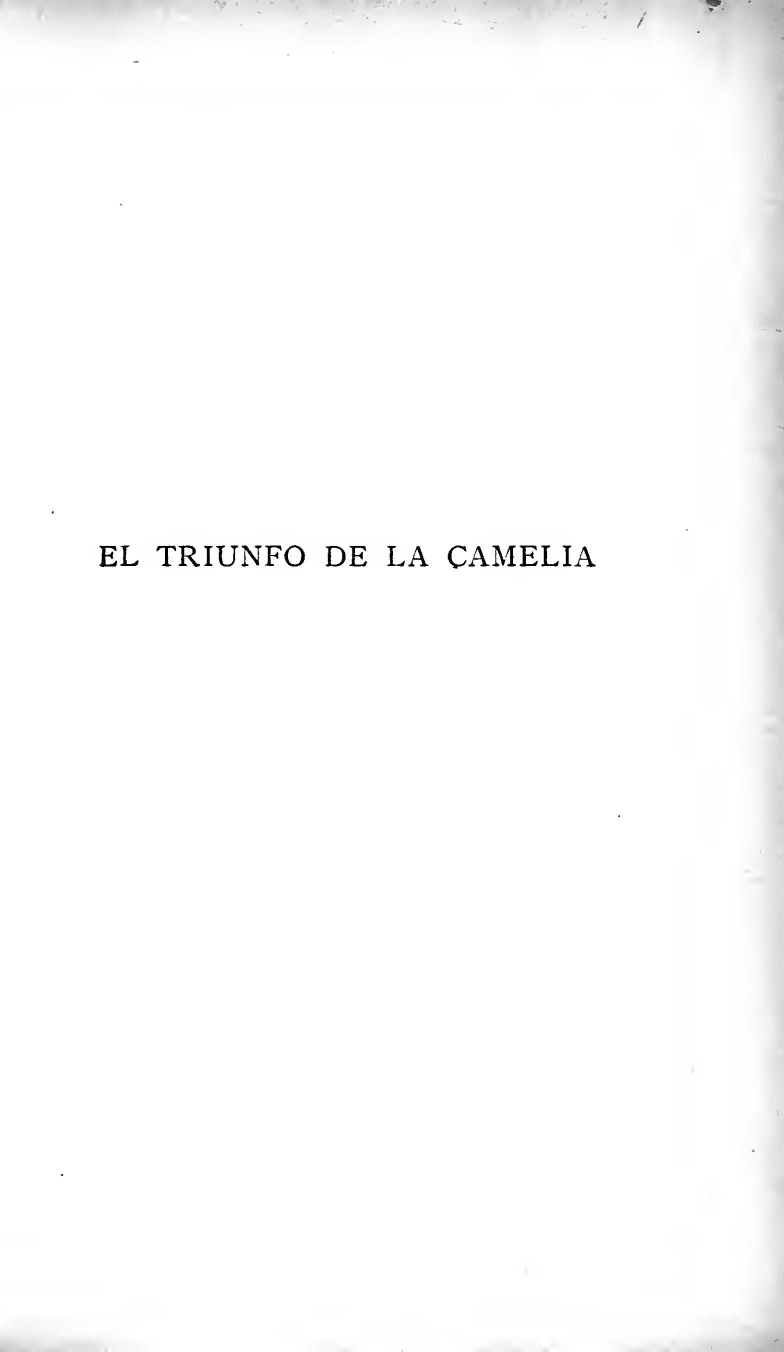
Notas grises:

Se piensa en las largas horas de fastidio y esplín; en disgustos inmotivados que dejan en el rostro la señal de su pasaje. La belleza de las cosas disminuye y sus defectos se agrandan para aumentar el tedio. Días de lluvia y noches estériles. Sobre la mesa, el papel está intacto, provocativo en su blancura, pero las ideas, aglomerándose á millares en el cerebro, no pueden adquirir formas verbales definidas. ¿Y si tuviese razón el viejo Buda y la felici-

dad consistiera en el total aniquilamiento?... Maldito sea el filósofo alemán cuyo pesimismo ha caído como carámbanos sobre los ardores de la imaginación juvenil. Entonces...

El piano, fatigado, disminuye las vibraciones de sus cuerdas, y á ratos, entre miles de acordes grises y negros, gimen notas de esmeralda, de infancia y de sonrisa. Cruza una visión, enorme como los martirios de las grandes almas: ¡La Gloria! El vértigo se apodera de los sentidos, y el espíritu, desprendiéndose del cuerpo, se sutiliza para emprender su viaje á la tierra prometida. Y asciende... y asciende... pero sobre él se yergue el techo de la habitación en actitud hostil y el alma, como una ave ciega que marcha al país de los ideales, choca con violencia sobre los decorados y cae pesadamente, como una ilusión trunca, sobre la alfombra roja del gabinete.

Y las cuerdas del piano enmudecen para siempre...



EL TRIUNFO DE LA ÇAMELIA

El triunfo de la camelia

Mortal silencio había invadido el jardín obscuro. Un organillo, en la esquina, acababa de hacer oir notas de *Gioconda*. Entre sus ritmos cada planta se había convertido en una máscara: la fuente tenía rumores de los canales y Venecia me visitaba con los tumultos de su fiesta. La hija de la ciega cruzaba hacia la Muerte con su amor desgraciado en el alma, salvando su cuerpo en el martirio. Y el silencio se hacía más grave al callarse el órgano y en las notas las imágenes se habían desvanecido y las máscaras quiméricas volvían á ser plantas reales.

Desde mi mesa de trabajo, sobre cuya carpeta estaba, inmaculado aún, el blanco papel, veía la sombra de la noche. Mi mente, fatigada ya, antes de haber empezado su tarea, vagaba al acaso por yo no sé qué mundos extraños y fantásticos y mis ojos entreabiertos

seguían ávidos de curiosidad la tenue estela dejada tras sí por los insectos luminosos.

En el silencio del jardín desierto se escuchaba, de rato en rato, el grito penetrante de incómodos grillos anunciando sus nocturnas excursiones...

Un sueño sosegado embargó á los pocos instantes mis sentidos y la libre imaginación voló rápidamente á su albedrío: Fuí transportado á la encantada mansión de una reina oriental bella, rica y poderosa. Se llamaba Kamala. Sentada sobre un lujoso trono de brillantes y oro, presidía el extraño concejo de todas las flores del universo allí reunidas. Semejante asamblea causóme admiración, pero la reina comprendiendo mi ignorancia me dijo al oído:

«Las flores que aquí ves han resuelto nombrar una emperatriz á quien jurarán amor y obediencia; no es necesario que sean hermosas ó aromáticas para obtener tan alto honor; es suficiente—¡no te asombres, poeta!—que relaten una historia interesante. Espera un momento oculto entre la sombra del boscaje y cuando la luna rompa las brumas de la noche acude á mi presencia para contemplar el torneo. Ahora vete.»

Desapareció en el espacio la silueta de la oriental belleza y yo, obedeciendo á su orden,

esperé ansioso. Con febriles movimientos se agitaban sobre sus tallos todas las flores, radiosas en su hermosura paradisíaca. Sus corolas humedecidas por alguna gota de rocío murmuraban himnos de incomparable cadencia en el acompasado balanceo de sus ramas quebradizas.

Pasaron breves instantes. La luna, majestuosa sonámbula del cielo, envió un haz de su luz pálida á través de las nacaradas nubes que, sorprendidas por el plateado rayo, huyeron con la loca velocidad de sus invisibles alas. Más leves, más blancas y más bellas se perdieron en el infinito, donde la imaginación es impotente para seguirlas.

De nuevo Kamala apareció ante mí. Sugestionado por la atracción magnética de su alma, seguí el camino que me indicara y momentos después, sentado en su trono, cerca de sus quemantes ojos, me hallé presidiendo con ella el mágico concierto. Hablaron todas las flores:

—Yo—dijo una rosa—herí con mis espinas las manos de un príncipe extranjero, que deseando humillar mi altivez quiso colocarme á las plantas de su romántica prometida.

—Yo sahumé—murmuró suspirando el clavel—la estancia de Psiquis en la noche inolvidable de sus bodas con Amor.

—Venus, enamorada de mí, se olvidó de Anquises y sacrificando su cuerpo á mi deseo se convirtió en la odalisca más hermosa de mi serrallo;—así habló el presuntuoso jazmín, convencido de su indiscutible poderío.

—La sangre de Adonis enrojece mi corola —dijo una anémona—y ese debería ser título bastante para que se me diera preferencia.

Después tomó la palabra una camelia, cuyo broche se destacaba sobre el tallo en todo el esplendor de su blancura inmaculada. Parecía un copo de nieve polar engendrado en el oriental edén por capricho fantástico de los Eblis soñadores.

—Yo habitaba el magnífico jardín del armipotente emperador Kamud-Alá. Mi cáliz, ahora sin perfume, embalsamaba la estancia de mi caprichoso dueño ó adornaba la negra cabellera de Alaska, su hija primogénita. Sin embargo, durante muchos años me olvidaron por completo seducidos por la belleza de mis rivales, y entonces, abandonada á mi dolor, sólo esperaba la llegada de las noches para entretenerme en la muda contemplación de los planetas. ¡Nada hay eterno en el universo! El amor se apoderó de mi alma: una estrella de tenues resplandores enviaba hacia mí desde su parabólica ruta, la dulce mirada de su pupila de oro y yo elevaba hacia ella, en justa

compensación á su desinteresada simpatía, el perfume, entonces mágico, de mi corola. Cuando la aurora empezaba á iluminar el oriente, mi único dueño, inclinándose un instante sobre los cielos, parecía enviarme por medio del espacio su beso de despedida. La luna, no ignorando la pasión de su vasallo, nos miraba y sonreía con la pálida sonrisa de su rostro argénteo...

Yo escuchaba atento la triste narración de la camelia y mi espíritu, sin interrumpir su prolongado vagabundeo, recordaba á pesar suyo, las palabras de Werther: «¡Infeliz! ¿Estás loca? ¿qué esperas de esa pasión frenética y sin término?» Así hubiera querido apostrofar á la flor melancólica, pero ella, comprendiendo mi deseo, se apresuró á decir:

—Cierta noche, Alaska me mandó buscar con una de sus doncellas porque deseaba tener mi perfume para sahumar su estancia. Súpelo, y haciendo un esfuerzo supremo, tal una hembra que profanara su cuerpo para no darlo virgen, renuncié á mi fragancia para siempre. Habiendo perdido así mi único mérito, tuve la dicha de continuar en mi sitio predilecto, desde donde seguí adorando, hasta hoy, á la hermosa estrella de pupila de oro...

El ruido que hizo un libro al caer sobre el piso de mi habitación puso término á mi sue-

ño y completamente despierto quise explicarme su causa. Lo atribuía ya á misterios impenetrables, cuando el organillo volvió á sonar bajo mi ventana. Y otra vez me sorprendió la visión de Venecia entre las notas... y otra vez entre sus melancólicos acordes volvió á cruzar la Gioconda envuelta en los velos nupciales de la muerte para salvar con el amor del alma la pureza santa de su cuerpo.

LA JUGLARESA

La juglaresa

Fué terrible é implacable en su venganza la hermosa encantadora de serpientes del Café Real.

Nadie hubiera dicho al contemplar esa mujer, pequeña y nerviosa, que su mente fuera capaz de imaginar un suplicio cruelísimo, pero tampoco nadie hubiera sospechado que su voluble esposo, el moreno estudiante napolitano, se pudiese enamorar de la muchacha picaresca que vendía ramos y caricias en la puerta del teatro.

Una noche, mientras la juglaresa encantaba sus monstruos, en la jaula de alambre, y el público aplaudía frenético cada vez que una culebra se enroscaba en su cuello para formarle un anillo viviente y macabro, distinguió á su esposo, que perdido entre la muchedumbre, hacía gestos de inteligencia á la florista... Entonces no dudó. Su honor de juglaresa y de mujer le subió al rostro empurpurándole

las mejillas con manchas sangrientas y apenas pudo continuar en la escena. Sin embargo, las fieras, amaestradas, seguían obedientes los ojos de su dueña y ejecutaban pruebas inverosímiles que el público aplaudía entusiasta y contento.

Antes de concluir la representación y como para demostrar á sus admiradores el poder que ejercía sobre las bestias prisioneras, dirigióse hacia la más gruesa de sus serpientes indostánicas y hundió sus labios en el hocico de la fiera. Fué un beso largo, prolongado, vibrante; un beso espantoso que sonó bajo la cúpula del escenario como una carcajada diabólica y que la juglaresa saboreó con fruición, admirable y magnífica en su despecho de mujer ofendida.

A la mañana siguiente, al salir de su casa, interceptó un billete perfumado que decía así:

«Marcelo: Esta noche, mientras tu Fascinadora encanta culebras en el Café Real, iré á tu casa para que tú, en su alcoba, me encantes á mí. Te llevaré el más fragante de mis ramos y mi caricia más ardiente.—Marieta.»

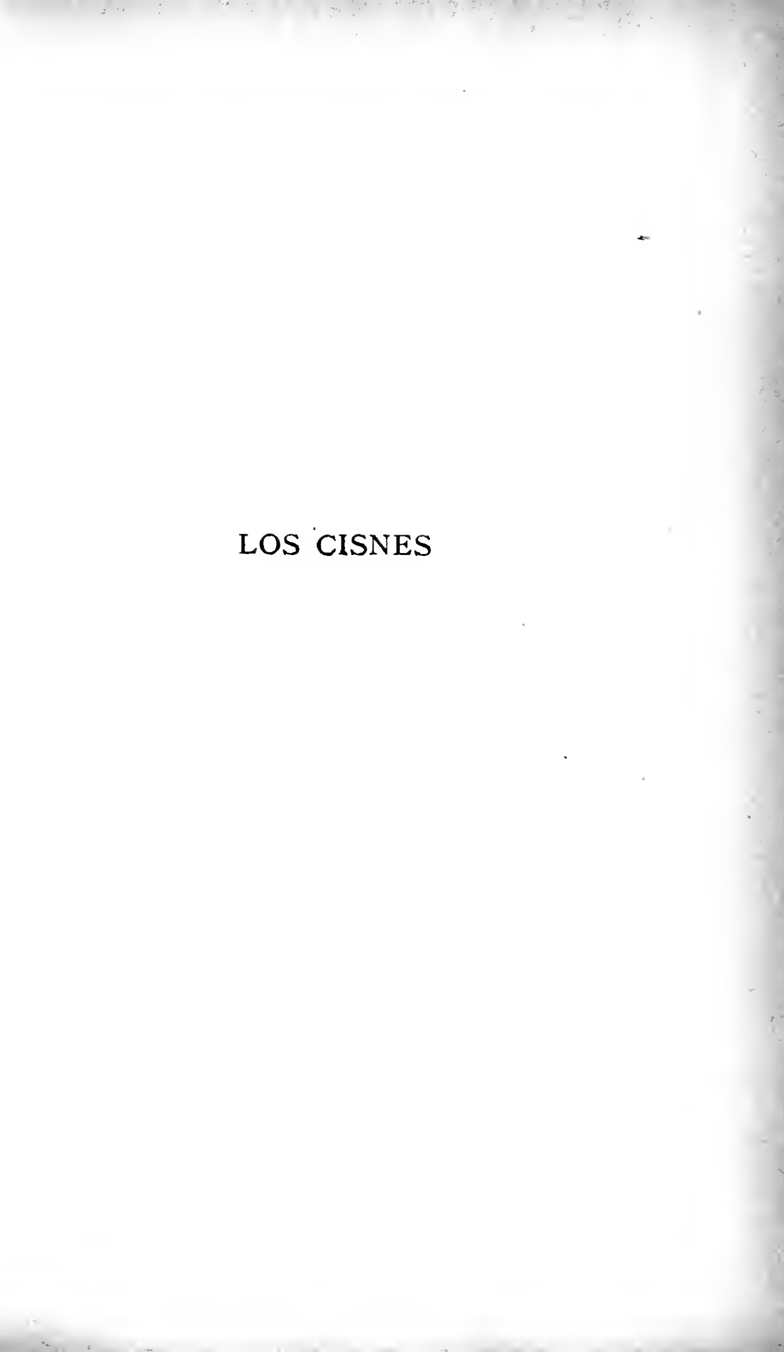
»Posdata.—Creo que tu mujer está enamorada de la culebra indostánica. ¿Recuerdas el beso de anoche? Adiós.»

La juglaresa, ante la nueva ofensa, palideció de ira. Dudó un minuto y luego, como si

hubiera tomado una resolución irrevocable, quedóse tranquila. Y esa noche, á la hora de costumbre, ascendía al tablado.

Entretanto, Marieta, fiel á su palabra, llevaba al adúltero su ramo más fragante y su caricia más ardiente. Pero en cuanto mancillaron el lecho oyóse un grito agudo y apareció entre los encajes, uniendo con sus anillos los cuerpos de los culpables, la serpiente más ponzoñosa de la encantadora. En el cuello de la culebra, que retiró ensangrentado después de haber mordido, se veía un pequeño billete rosa con las siguientes palabras: «Por intermedio de mi paje indiano os envío el dulce beso de la muerte».

Y así vengó su honor, valiéndose del animal maldito, la hermosa encantadora de serpientes que trabajaba en el Café Real.



LOS CISNES

Los cisnes

El primer día del paraíso declinaba triunfalmente. El sol, al engalanarse en el ocaso, semejaba paisajes de púrpura ardiendo sobre cataratas de oro líquido, y las nubes, desmelenadas y errantes, fingían sobre las cabezas de los seres aureolas y coronaciones imposibles.

Eva, desnuda, soberbia y armoniosa, apoyaba su frente en el hombro de Adán. Sus ojos vagaban sobre la quietud paradisíaca como una música lejana que fuese dejando cadencias prisioneras en las corolas de las rosas fragantes. En el boscaje, entre cedros gigantescos, las aves murmuraban el primer Angelus y el ambiente, lleno de Dios, de calma y de bondad, desfallecía entre rumores de beatitudes inefables.

De pronto, el sol, fatigado, se amortajó en su oro y ante los ojos de la pareja bíblica apareció, ascendiendo lentamente, el rostro argénteo de la primera luna. Los seres la saludaron con una mirada amorosa de orgullo y regocijo. Y el lago, como si deseara conservar la imagen, la retrató en su linfa.

Toda la noche brilló en su superficie el disco blanco apenas movido por los imperceptibles vaivenes del agua. Y los hijos de Dios, mirándolo, se quedaron dormidos.

Entonces el ángel que velaba por ellos voló hasta el cielo para contar al Padre la dulce impresión de la pareja. Y el Padre, con una amplia sonrisa, bendijo al mensajero.

Al día siguiente, cuando el sol se alzaba sobre las copas de los cedros, Adán despertó á Eva. Y en un abrazo fraternal la condujo á través del boscaje, hasta las orillas del lago espejante. Entonces vieron que el disco de la noche anterior era más blanco y más hermoso y que se dirigía hacia ellos con lentitud armoniosa... Porque el Señor, para conservar la ilusión de sus primeros hijos, transformó la imagen de la luna en un cisne viviente.

Por eso los blancos pájaros cada vez que ven sobre los lagos el resplandor lunar, levan-

tan su cuello al cielo, como en acción de gracias, y por eso los hombres que sospechan aquella metamorfosis aman á estas aves, de origen astral, con el más puro y romántico de todos los amores.

LA PLEGARIA

La plegaria

(Esta página fué hallada, hace muchísimos años, en el antiguo breviario de un fraile poeta. ¡Que Dios bendiga su alma!)

Señor: desde esta tierra transitoria que Vos creasteis, mi espíritu imperecedero se arrodilla ante Vos.

Padre amorosísimo, Creador de los mundos, Maestro divino, yo os ofrezco mi alma: que vuestras manos la recojan benevolentes y que el rocío celeste caiga sobre ella en deliciosa lluvia de ternura.

Dios poderoso y omnímodo, yo os devuelvo las gracias que me disteis y para hacerme acreedor á vuestras mercedes, beatifico vuestro nombre en mi humilde conciencia. Dirigidme miradas llenas de promesas y escuchad las suplicaciones de mi pobre alma pecadora.

Y Vos, María, Madre y Señora mía, Madre

de bondad, guardadme y defendedme como posesión ó cosa vuestra.

Señor mío Jesucristo: ayudadme, favorecedme, escuchad mi plegaria. Haced que mis ojos ciegos y mortales, porque no pudieron miraros jamás, comprendan la sinfonía que en vuestra alabanza entonan los colores y descifren, en el cielo, las escrituras que ejecutan las nubes cuando son sacudidas por los vientos contrarios.

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, redentor de los mundos y de los hombres, enseñadme el idioma maravilloso con que las aves elogian vuestro nombre y decidme si la nota más pura de su canto es la que modulan al alba, saludándoos, ó la que gimen á la hora del Angelus, cuando la tristeza del crepúsculo brilla en sus ojos con el brillo apagado de las melancolías.

Madre inmaculada, Virgen de las vírgenes, santa María, pura y esposa del padre del Señor, haced que mis sentidos perciban en el aroma de las flores el perfume de vuestra cabellera y reveladme el secreto de las selvas y el enigma indescifrable escrito en los pétalos de las corolas recién abiertas.

Virgen digna de veneración. Virgen digna de alabanza, espejo de justicia, trono de sabiduría, dejad que mis ojos mortales compren-

dan el armonioso equilibrio de los mundos y que llegue hasta mis oídos la palabra encantada con que la luna requiere los amores de un planeta.

Vaso espiritual de elección, causa de nuestra alegría, rosa mística, enseñadme el himno de los mares, el secreto de la tierra y el misterio insólito de las montañas.

Virgen poderosa, Virgen fiel, Reina de los patriarcas y de los ángeles, aguzad la clarividencia de mis sentidos y hacedlos capaces de comprender la armonía de las líneas y la tristeza de los ojos sin lágrimas y la amargura de los corazones que dejan de latir faltos de sangre. Yo quiero sospechar por qué las cordilleras elevan hasta Vos sus testas de granito y deseo saber qué busca el águila más allá de las cumbres nevadas, en las infinitas regiones etéreas. Enseñadme la ley misteriosa que acumula diamantes y oro en las profundidades del planeta; decidme que en la pujanza de las fieras hay una manifestación de vuestro Verbo y yo celebraré el Verbo y los montes y las fieras en mi encantada lira de poeta y con la frase sonora de la clarividencia.

Señor mío Jesucristo, hijo de Dios, Rey de los judíos, apareceos ante mí como os aparecisteis en la Santa Ciudad en el día lejano de

la resurrección y mi voz armoniosa celebrará la divinidad de vuestra esencia en versos maravillosos de cristal y zafiros.

Mis estrofas brillarán como una aureola sobre la corona de espinas y la cadencia de mis rimas se hará luminosa al tocar los clavos cruentos de la Cruz.

Enviadme al ángel paradisíaco de alas blancas como el vellón de los corderos pascuales y él me transmitirá en vuestro nombre la primera palabra de la vida.

Señor, Rey de los ejércitos y de los serafines, elevad mi inteligencia sobre todas las miserias de la tierra y dad á mi espíritu la facultad de comprenderos. Yo quiero interpretaros, Señor, quiero poseeros para no abandonaros jamás y para que seáis Vos mi único guía. Desgarrad el velo de mis ojos para que pueda veros y entonces mi alma recorrerá el universo en alas del canto laudatorio y sonoro. Investidme cruzado de la santa causa: yo llevaré á todos los seres el destello de la piedad divina é iluminaré con ella al gran rebaño envilecido y pecador.

Dios de los continentes y de los mares ¿es verdad que mi alma no delira? ¿Es verdad que á través de la sombra mis ojos acaban de ver vuestra sonrisa y que vuestra mano omnipotente me ha señalado el camino único de la

existencia purificadora?... Allá iré, Señor, con mi mente limitada y mi lira armoniosa; correré á decir á los hombres que os he visto luminoso y flagrante como un incendio, y que vuestro aliento sopló las cuerdas broncíneas de mi instrumento dulce. Y cuando haya recorrido las latitudes y los climas, y dicho á los culpables la aparición magnífica, me arrodillaré de nuevo ante los altares inviolados y os entregaré mi alma pura y limpia como las manos de Verónica. Y entonces mi alma ascenderá blanquísima, más allá de los soles y de los astros, hacia las regiones desconocidas que sabe vuestra infinita clemencia y allí Señor—decid que no deliro—me besaréis sobre la frente.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, perdonadme. Yo creo en Vos, en vuestra purísima madre, la esposa de José, en el milagro de la Santa Cena y en la predicación de los Apóstoles.—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

LA BODA DE PSIQUIS

La boda de Psiquis

Mientras hay vida la esperanza existe. Llegar tan sólo puede con la muerte el desaliento.

TEÓCRITO. Idilio IV

En uno de los más olvidados rincones del universo, acaso en las márgenes del río cuyas perfumadas aguas besan los mórbidos pechos de Aretusa, se eleva, entre aromas y sonrisas, el misterioso palacio de Cupido. ¿Será en la fantástica isla donde hallaron los argonautas portugueses el premio merecido á su indecible arrojo? Lo ignoro.

Ven conmigo al palacio, Rosalía, y contemplaremos el sacrificio de la dicha.

Es la alta noche. Los astros, en su quietud abrumadora, desde sus sitios lejanos, envían á las nubes claridades de diamantes. Sirio y Aldebarán, soberbiamente hermosos, guiñan con sus ojos de oro á la luna, que, pálida de

amor, refleja en su semblante melancólico la somnolencia del mundo. Impera el silencio. Bajo la enorme noche del espacio dormita el universo y sólo vigilan, como movidos por mágicos resortes, las almas y los dioses.

Psiquis celebra su boda en la mansión de Amor.

¿No la conoces, Rosalía? Escúchame; es así: está situada en la ribera izquierda del Alfeo, cuyas aguas embalsamadas envían al castillo, al par que los reflejos del polvo de oro que conducen, una brisa tan sutil y aromática que imagínase engendrada en la corola de un lirio salvaje. Las habitaciones del palacio, cuya belleza realza lujuriosa aglomeración de sedas y de gasas, están adornadas con arte especial que evoca en mi memoria el inolvidable recuerdo de las mansiones orientales. Guirnaldas de anémonas rodean el talle de las columnas que sobre plintos de oro se elevan altivamente verticales y más allá, en los jardines, esparcidas como en lluvia de zafiros, millares de violetas ostentan en sus diminutas corolas las diamantinas gotas del último rocío.

Es una noche de fiesta. Todas las divinidades, con sus brillantes séquitos, acuden á la cita y ocupan, según su rango, el sitio acostumbrado junto á Jove. Se efectuará la boda

de Psiquis y es necesario acudir á presenciarla. Júpiter lo manda y Júpiter es poderoso.

Pronuba, sentada ya sobre su trono de marfil, espera ansiosa el arribo de la amante pareja, mientras Himeneo, ebrio de felicidad, deja ver en su frente una enorme corona de rosas apenas iluminada por la titilante luz de la antorcha que sostiene su diestra.

Acércase la hora indicada. A una casi imperceptible señal de Euterpe, templan varias ninfas sus arpas de cristal que engendran armónicos acordes. La pareja llega.

—¿Quién es el prometido?

—Escúchame, Rosalía, te contaré después.

Un heraldo, lujosamente vestido, anuncia la llegada de los novios, que, precedidos por las tres Gracias, atraviesan la primera galería del palacio y envían desde allí su saludo á Venus. La diosa oye un pedido: quieren entrar al salón y ella, con un movimiento afirmativo, inclina su frente de marmórea blancura...

El amante—escúchame, Rosalía,—es un inmenso Dolor (noche, martirio, luto) con el cual Psiquis, á pesar suyo, debe desposarse momentos después. Lleva diademada su cabeza con numerosos anillos de serpiente y en su callosa diestra una hacha colosal de bien templado acero. Nunca la personificación del su-

frimiento tuvo más espantables atributos que los que en esta noche dolorosa conduce el fantasma; mientras la novia (flor, ósculo, inocencia) asida á él, hermosa y pálida, trata en vano de ocultar las lágrimas que á cortos intervalos surcan las ojeras de su rostro infantilmente candoroso. Antójase una vestal que, cediendo á la brutalidad de la fuerza, acepta congojosa el sacrificio de su virginidad.

Es la hora del misterioso enlace. Hay un momento de sepulcral silencio. Las ninfas, á un tiempo, suspenden sus armoniosos coros y ávidas de curiosidad unas, mal conteniendo los suspiros otras, contemplan extáticas la melancólica faz de la desposada.

Himeneo, asomando su cabeza por detrás del trono de Ciprina, dirígese á la compañera del Dolor y en voz muy baja le dice casi al oído:

—¿Aceptas, bella Psiquis, al esposo que los dioses te ofrecen?

Una mirada del fantasma aterroriza á la virgen que ruborosa, temblando, casi muerta, abre sus pálidos labios y deja escapar, envuelta en una sonrisa, que acaso era un suspiro, la palabra maldita:

—¡Sí...!

De nuevo las arpas interrumpen el silencio de la estancia con las sonoridades de sus

notas, y Terpsícore, acompañada por sus hadas, comienza sus danzas alegóricas. Canta Erato, en honor de los desposados, uno de sus graciosos epitalamios, en tanto que Citerea, horrorizada y muda, fustiga sus cisnes, y hundiéndose en el espacio va á llorar, á solas, el sacrificio del Alma injustamente castigada...

—¿ Ignoras, Rosalía, que aquella Alma era la de un poeta?

En el fatal instante de la boda, tuve deseos de maldecir al mundo; pero después, cuando la calma se apoderó de mi espíritu, quise elevar al cielo mi plegaria y apenas pude balbucir, entre sollozos, desesperadas rebeliones. ¿ Soy acaso culpable de recordar esa congoja?

Rosalía, perdóname y olvida á tu poeta que tanto sufre, mientras su alma murmura eternamente: «Maldito seas ¡oh sol! que has secado las aguas del Leteo».

FIN

Biblioteca de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

ADORACIÓN, por Álvaro de la Iglesia.

MALOS AMORES, por Felipe Sassone.

CAPRICHOS, por Rodrigo de Rahavánez.

AZUL..., por Rubén Darío.

POR EL CAMINO, por Adrián del Valle.

LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RAZAS EN AMÉRICA, por Agustín Alvarez.

LOS SIMULADORES DEL TALENTO, por José María Ramos Mejía.

IDEACIONES, por Juan Mas y Pi.

MAR Y CIELO, por Luis Reyna Almandos.

LAS ROSAS DEL DESEO, por Juan Julián Lastra.

LA TÚNICA DE SOL, por Luis María Jordán.

BÁRBAROS Y EUROPEOS, por José León Pagano.

CÓMO ESTRENAN LOS AUTORES, por José León Pagano.

RESONANCIAS DEL CAMINO, por Juan Zorrilla de San Martín.

HUERTO CERRADO. — MITRE. — GÓMEZ. — LAVALLEJA, por Juan Zorrilla de San Martín.

EN PRENSA

HISTORIAS ÍNTIMAS, por Joaquín V. González.

VIBRACIONES, por Juan Bautista Gómez.

LEYENDAS Y PARÁBOLAS, por Salvador Barrada.

Precio de cada volumen. . . . . 8 reales

Los mismos, elegantemente encuadernados en tela. . . . . . 10 »

Luis María Jordán

La túnica de sol

